

Vida espiritual

120 – Carta de Adviento 2010
Padre Grégory Gay, Superior general

140 – Releer los acontecimientos en la fe para reconocer la presencia de Dios
Sor Anne Prévost, Hija de la Caridad

Desafíos actuales

Cuestiones actuales

220 Las Obras Misionales Pontificias
Padre Pierre-Yves Pecqueux, Hijo de San Juan Eudes

Hoy, con los Fundadores.

220 Provincia de Granada
Un Centro social rural en los suburbios de Temara (Marruecos)
Las Hermanas de Temara

220 Provincia de Irlanda
El Centro San Vicente, Navan Road, en Cabra (Dublin)
Sor Marian Harte y Sor Áine MacNamara, Hijas de la Caridad

Historia de la Compañía

Año jubilar del 350 aniversario de la muerte de los Fundadores

410 Mirada de fe del itinerario espiritual de Luisa de Marillac
Sor Claire Herrmann, Hija de la Caridad

Índice

PADRE G. GAY, SUPERIOR GENERAL

Carta de Adviento 2010

A todos los miembros de la Familia Vicenciana

Queridos Hermanos y Hermanas,

¡Que la gracia y la paz de Nuestro Señor Jesucristo llenen sus corazones ahora y siempre!

“Por la entrañable misericordia de nuestro Dios, nos visitará el sol que nace de lo alto, para iluminar a los que viven en tinieblas y en sombra de muerte, para guiar nuestros pasos por el camino de la paz” (Lucas 1, 78-79).

Tinieblas y luz, noche y día, desesperación y esperanza, muerte y vida, infierno y paraíso son imágenes que, con frecuencia, vienen a la mente en nuestra meditación y oración durante este tiempo de Adviento que, de nuevo, tenemos el privilegio de vivir. Estas imágenes contrastadas están siempre presentes y nos rodean en este mundo en que vivimos. Un día, el profeta Habacuc exclamó: “*¿Por qué me haces ver la iniquidad mientras tu miras la opresión? Ante mi hay saqueo y violencia, se suscitan querellas y discordias*” (Ha 1,3). Cuando oí la proclamación de este texto durante la Eucaristía dominical hace algunas semanas, me impresionó su actualidad: hoy, seguimos rodeados de la misma violencia y de las mismas destrucciones, ya sean de origen natural o humano.

¡Hay tantas vidas humanas destruidas por las catástrofes naturales! Pienso en la epidemia de cólera, en Haití; cientos de personas que habían sobrevivido al terremoto han muerto por causa de esta epidemia; otras continúan sufriendo, no terminan de atravesar un verdadero infierno. En Pakistán, cientos de miles de personas han desaparecido recientemente por los tifones que han afectado las regiones asiáticas; ¿cuántas personas han perdido la vida, la salud, su casa? Entre las catástrofes de origen humano, pensemos en la violencia que se vive en la frontera entre México y los Estados Unidos en la que, desde 2006, han sido asesinadas por conflictos relacionados con la droga más de 30.000 personas. ¡Tanta violencia ante nuestros ojos! El Adviento es un tiempo para transformar las tinieblas en luz, el infierno en paraíso, la desesperación en la esperanza de que una vida digna puede ser un objetivo realizable.

Este año he titulado mi reflexión: “*Navidad: el relato de una vida sin fronteras*”. Cuando recorremos los diferentes pasajes de la Escritura que la Iglesia nos ofrece para nuestra reflexión durante este tiempo de Adviento, encontramos el tema de un Dios que es para todos; un Dios de todas las naciones. En cierto sentido es irónico, porque Jesús cuando nació en este mundo, nació en un rincón, en un lugar donde nadie quería vivir: en un refugio para los animales. Y sin embargo, el contraste viene del hecho de que, aunque nació en este lugar de supervivencia, es para todos nosotros el Dios de la vida, un Dios que no conoce fronteras, un Dios que vino entre nosotros para derribar las fronteras que impiden a los hombres hacerse cercanos unos de otros, ya vengan de otro país, como la frontera entre los Samaritanos y los Judíos o porque las gentes acomodadas o instruidas no se mezclan nunca con los que son considerados como los parias de la sociedad. Jesús vino a derribar esta frontera de todos los supuestamente indeseables: leprosos, mendigos, ciegos, inválidos.

Jesús, por su nacimiento en la pobreza, con palabras y con hechos, llena la vida de las personas de riqueza, de paz, de bondad, de salud, de reconciliación y de curación, conduciéndolas de las tinieblas a la luz, de la desesperación a la esperanza, de la muerte a una vida nueva. El pasado mes de agosto, tuve ocasión de visitar el Proyecto Juan Diego, un servicio de las Hijas de la Caridad en la frontera entre los Estados Unidos y México. Esta visita me permitió descubrir el don de una vida nueva, la posibilidad de un verdadero nacimiento que recibimos en Navidad. Las Hijas de la Caridad han formado al personal laico y a voluntarios, constituyendo así una comunidad dinámica. Reúnen a las personas que han vivido en las tinieblas, que han conocido el tormento de la desesperación y les dan la luz y la esperanza de una vida nueva. Lo viví personalmente al visitar a algunas personas cuya vida se había transformado gracias al Proyecto Juan Diego. Son personas que han establecido contacto con los

voluntarios, el personal y las Hermanas, éstos han entrado en sus vidas y les han ofrecido la oportunidad de llevar una vida nueva.

Lo comprendí gracias al testimonio de un hombre de mi edad que literalmente se había aislado del mundo, viviendo confinado en su pequeña habitación, rehusando salir al patio para relacionarse con las demás personas que podían pasar cerca de su casa. Después de un acompañamiento y de una presencia llena de amabilidad pero también de firmeza, este hombre terminó por descubrir quién era realmente. Desde que tuvo la oportunidad de vivir por primera vez en su vida, vive con el entusiasmo y el deseo de salir de los confines de su casa para encontrarse con los demás y animarles a llevar una vida con un estilo nuevo, como él mismo ha descubierto. El testimonio de este hombre no es más que un ejemplo de los numerosos relatos de personas que han recibido una vida nueva, una vez que han sido capaces de superar los límites que ellos mismos se habían impuesto. Han acabado por reconocer que Dios es el don de la vida para cada uno de nosotros y para todos los hombres. Este don ha sido depositado en nosotros y forma parte integrante del significado de la Navidad : el don del mismo Dios, Jesús encarnado que entra en nuestras vidas y nos ayuda a descubrir nuestros propios dones, nos anima y nos lleva a superarnos para ofrecer este don, para ayudar a los demás a descubrirlo en ellos mismos.

No lejos de este barrio en el que las Hijas de la Caridad son un signo de vida nueva y comparten esta vida con los demás, hay otro grupo de Hijas de la Caridad que son también fuente de vida, pero de una manera muy diferente. Podrían ustedes decir que viven el infierno. Esta Comunidad de Hijas de la Caridad, vive justamente al otro lado de la frontera, en una ciudad devastada por la violencia y la destrucción causada por la droga, la pobreza, la avaricia y la ignorancia. Las Hermanas pasaron la frontera para reunirse con las Hijas de la Caridad del Proyecto Juan Diego cuando celebramos juntos la Eucaristía, cumbre de nuestra vida, fuente de nuestra fuerza y verdadera experiencia del don que Dios hace de sí mismo entre nosotros.

Al hablar con las Hermanas que viven en el lado mexicano de la frontera, y al escuchar los relatos de horror y sufrimiento diarios que ellas me contaban, en medio del sufrimiento y de la violencia que viven, me ha impresionado el contraste de la presencia de las Hermanas de un lado de la frontera y del otro. Y sin embargo, aunque se pudiera considerar una como el paraíso y la otra como el infierno, su presencia, signo de gracia de Dios entre estos pobres, hace posible una esperanza y una vida nueva.

En estas dos experiencias percibo claramente lo que Dios nos dice en el cántico de Zacarías: “*Por la entrañable misericordia de nuestro Dios, nos visitará el sol que nace de lo alto, para iluminar a los que viven en tinieblas y en sombra de muerte, para guiar nuestros pasos por el camino de la paz*” (Lucas 1, 78-79). Esta entrañable misericordia, este amor del corazón de nuestro Dios es el don del mismo Jesús, el sol que nace de lo alto nos ha visitado, es este don de Jesús en su nacimiento en Belén, el que por su vida, muerte y resurrección continúa iluminando a los que viven en las tinieblas, la desesperación, la muerte y el infierno. Y por sus instrumentos de amor, son conducidos por el camino de la paz.

Hermanos y Hermanas, como miembros de la Familia Vicenciana, en este tiempo de Adviento, estamos llamados a estar cerca de los que llamamos nuestros Amos y Señores cuando viven en situaciones de tinieblas y desesperación, y a ser para ellos instrumentos de esperanza y de vida. Juntos, como Familia Vicenciana y con nuestros Amos y Señores, estamos llamados a ser constructores de solidaridad que tiene por cimientos el amor y no constructores de muros que dividen a la humanidad. Estamos llamados a vivir la vida de Jesús, esta vida que llegó hasta nosotros el día en que nació. El nos invita a ir más allá de los muros, más allá de los límites, más allá de las fronteras que a menudo nosotros mismos hemos construido o que han sido construidas por la sociedad en la que vivimos. Con frecuencia, se trata de tradiciones aprendidas o de prejuicios que, simplemente, hemos adoptado.

Quisiera compartirles una oración que he encontrado en una celebración, compuesta por la Comisión de la Unión de los Superiores Mayores para la Justicia, la Paz y la Integridad de la Creación, para celebrar el día Mundial de Rechazo a la Miseria y para la erradicación de la pobreza. Esta oración, titulada *Bienaventuranzas para el compromiso social*, ha sido adaptada a nuestra situación como Familia Vicenciana.

- Felices los que permanecen disponibles y comparten sencillamente lo que poseen.

- Felices los que lloran por la ausencia de felicidad a su alrededor y en el mundo.
- Felices los que optan por la dulzura y el diálogo aun cuando esto parezca largo y difícil.
- Felices los que saben encontrar nuevas formas de dar su tiempo, de compartir su ternura y de sembrar esperanza.
- Felices los que escuchan con el corazón para descubrir que los otros son un regalo.
- Felices los que prueban a dar el primer paso, el que es necesario para construir la paz con los hermanos y hermanas del mundo.
- Felices los que conservan sus corazones abiertos a la admiración, a la acogida y al cuestionamiento.
- Felices los que toman en serio su fe en el Cristo encarnado.

Les pido que, durante este tiempo de Adviento, mediten esta oración personalmente y con las personas que comparten su vida. En nuestra vida, tenemos numerosas experiencias de una vida sin fronteras. Son experiencias del relato de Navidad, experiencias de la presencia de Jesús entre nosotros. Que nuestro propio testimonio en el mundo sea un signo que ayude a las personas a salir de la noche e ir hacia el día, a alejarse de sus tinieblas para entrar en una luz nueva, a salir de la desesperación y a llenarlas de esperanza, a hacerlas pasar de la muerte a una vida nueva, a sacarlas del infierno para conducirlas al paraíso. Podemos hacerlo si de verdad vivimos del don de Cristo encarnado, el don de su vida, el don de su amor, el don de su paz. Podemos actuar así, no sólo con las personas cercanas, sino también con aquellas de las que todavía estamos lejos.

Su hermano en San Vicente,

G. Gregory Gay, C.M.
Superior general

Vida espiritual

Relectura de los acontecimientos desde la fe
para reconocer en ellos la presencia de Dios

Introducción

En su carta de Adviento 2010, nuestro Superior general, el Padre Grégory nos invita a reconocer y dejarnos interpelar por la presencia activa de Dios en el corazón y en la vida de los pobres. Nos dice: “... han acabado por reconocer que Dios es el don de la vida para cada uno de nosotros y para todos los hombres. Este don ha sido depositado en nosotros y forma parte integrante del significado de la Navidad : el don del mismo Dios, Jesús encarnado que entra en nuestras vidas y nos ayuda a descubrir nuestros propios dones, nos anima y nos lleva a superarnos para ofrecer este don, para ayudar a los demás a descubrirlo en ellos mismos”.

Estamos, pues, invitadas a tomar tiempo para releer diariamente nuestra vida y la de los pobres para descubrir las experiencias de la presencia de Jesús entre nosotros.

Para ello, detengámonos primeramente en la manera de actuar Jesús con los dos discípulos de Emaus. A la luz de este evangelio, contemplaremos el modo de actuar Dios en el corazón y en la vida de Luisa de Marillac y Catalina Labouré para dejarnos atraer y contemplar la acción de Dios en nuestra vida y en la de los pobres.

LOS DOS PEREGRINOS DE EMAUS HACIENDO CAMINO

En su Evangelio, san Lucas nos relata numerosos encuentros de Jesús con los enfermos, los pecadores, etc. en los que cada uno está impresionado por su capacidad de hacer brotar la Vida en ellos. Nos cuenta también este encuentro sorprendente entre Jesús y los dos discípulos de Emaus en el curso del cual se desvela poco a poco el misterio de la resurrección (Lc 24, 13-35). En este pasaje san Lucas describe la experiencia de estos dos discípulos impresionados por la muerte violenta de su amigo, quien por sus enseñanzas y su amor, aportaba una luz a su vida: hacía el bien por donde pasaba. Sus pensamientos y palabras están habitados por los dramáticos días que acaban de vivir. Su corazón no sólo estaba lleno de múltiples interrogantes, sino también de confusión y desconcierto.

Y discretamente, Jesús se une a ellos y los acompaña en el camino. En su presencia y con su ayuda, los discípulos van a recorrer un largo camino que consiste en pasar de la desesperación a la fe. Después de haberles dado la posibilidad de expresar su desconcierto y su visión oscura de los acontecimientos, Jesús excita su memoria y su reflexión en lo más profundo de su ser. Luego, apoyándose en las Escrituras, les hará comprender los acontecimientos y dar una visión totalmente nueva a la luz de su resurrección. Para El, los caminos de la Pasión y de la muerte han hecho resplandecer la fidelidad del Dios de la Vida y del Amor. Es esta su experiencia y sólo Él puede hablar de ella y dar un sentido nuevo a las Escrituras.

Poco a poco, haciendo camino, la confianza en la Palabra de Jesús ocupará un lugar en el corazón de los discípulos y va a clarificar su reflexión. Su corazón comienza a apaciguararse e incluso a arder. En ese momento, Jesús parece querer continuar su camino, mientras que los dos peregrinos desean prolongar el tiempo de su presencia entre ellos: “quédate con nosotros”. Esta invitación a compartir su comida, expresa que los dos discípulos ya han salido de su tristeza.

Será necesario el gesto de la fracción del pan en la mesa de la posada para que los dos discípulos accedan a la plenitud de lo que permite la mirada de fe: “¡Entonces, lo reconocieron!”. Su corazón ardía y la opinión que tenían de los acontecimientos, se transformó. Todo tiene un sentido nuevo para ellos. El Señor ha desaparecido, pero saben que está vivo. Sólo tienen un afán: comunicar a los demás la vida del Resucitado y la Buena Noticia de la Salvación.

Esta relectura de los acontecimientos a la luz del Resucitado, ha permitido a los dos discípulos de Emaus acceder al reconocimiento del Señor y a afianzar en él su fe. Es lo mismo para nosotras en el hoy de nuestra vida, tal y como lo fue para Luisa de Marillac y Catalina Labouré.

LUISA DE MARILLAC Y CATALINA LABOURÉ HICIERON CAMINO...

A ejemplo de los discípulos de Emaus y de otros personajes de la Biblia, es indiscutible que en la historia de la Compañía, Dios se ha hecho presente de manera muy particular en Santa Luisa de Marillac y en Santa Catalina Labouré. Las dos han sido privilegiadas por el Cielo, recibiendo gracias excepcionales para dar testimonio del Amor de Dios para la Compañía, la Iglesia y el mundo. Dios ha hecho maravillas en ellas y por ellas. ¿Por qué Luisa? ¿Por qué Catalina? Es ese el misterio de Dios.

Es interesante ver la manera como Dios se hace presente y conduce a estas dos mujeres para realizar la misión que El les confía con dos siglos de intervalo. Al poner en paralelo la Luz de Pentecostés de santa Luisa y el sueño de santa Catalina en Fain, podemos también descubrir que hay “algo venido del Cielo” que acerca a estas dos mujeres, aparentemente tan distintas.

Introducción

En la Capilla de la calle del Bac, el relicario de santa Luisa y el de santa Catalina se encuentran uno a cada lado del Santísimo y de la representación de María Inmaculada. San Vicente, al lado, parece velar sobre los dos relicarios, como realmente lo hizo en sus vidas respectivas. Sabemos el lugar que san Vicente ocupó en la vida de santa Luisa tanto como en la de santa Catalina.

LA FECUNDIDAD ESPIRITUAL DE LUISA DE MARILLAC Y DE CATALINA LABOURE

Dotada de dones excepcionales de organizadora y animadora espiritual, Luisa de Marillac tiene también una cierta fragilidad, un temperamento muy ansioso, límites a su resistencia nerviosa. Es su fe en Dios y su deseo de hacer su voluntad los que la han hecho “fuerte”. Con la gracia de Dios, Luisa llegó progresivamente a ver a las personas como Dios las veía. Todos los pobres se convirtieron en sus hermanos; en ellos, veía al Cristo sufriente. Convertida en la *colaboradora ideal de Vicente de Paúl* se puso al servicio de las Caridades. Luego, *sabrá reunir a cientos de jóvenes campesinas invitándolas a entregarse a Dios para servir a los pobres.* Con estas jóvenes, llevó a cabo multitud de actividades de una prodigiosa fecundidad, sin ningún activismo desordenado, ni búsqueda de éxito personal, sino sencillamente con el deseo de realizar la voluntad de Dios. Nos quedamos sorprendidas al ver la enorme suma de trabajo y de responsabilidad que poco a poco, se acumula sobre las frágiles espaldas de Luisa.

El mismo día de la Beatificación, el 9 de mayo de 1920, el Papa Pío XI decía: “*podemos afirmar: es un milagro que el número y la variedad de obras a las que la Beata Luisa de Marillac ha sido preparada por la mano del mismo Dios*”. “*No llegamos a comprender humanamente como esta Sierva de Dios pudo realizar tantos oficios de caridad; hacer y más bien, ir a la búsqueda de tantas obras de caridad*” decía su primer biógrafo, testigo ocular de sus últimos años.

Puede decirse, de alguna manera, que el corazón de Cristo ha ocupado, poco a poco, el lugar del corazón de Luisa. “*La caridad de Jesucristo crucificado nos apremia*”. Luisa murió el lunes de pasión de 1660... como si, haciendo coincidir su muerte con el comienzo del tiempo en que la Iglesia fija principalmente su mirada en la Cruz redentora, Dios quería ratificar su divisa.

Dotada de un sentido común innato, de una gran resistencia física, de una buena salud mental y de una fuerte voluntad, Catalina Labouré no es más que una *sencilla campesina, sin gran instrucción, y no ha fundado ninguna congregación.* No obstante ella inspiró (o la Santísima Virgen por ella, lo que viene a ser lo mismo) toda la *gran corriente mariana* de los dos últimos siglos y del renacimiento católico que, en gran parte fue la consecuencia. Antes de 1830, la enseñanza de los misterios de María estaba casi totalmente descuidada, lo que debilitaba el misterio de la Encarnación. Ella permitió igualmente *la renovación de las dos familias de san Vicente.* En efecto, tras los disturbios revolucionarios y las numerosas persecuciones, la Compañía estaba apagada y le faltaba impulso espiritual. Parece que Dios hubiera preparado en Catalina Labouré un “nuevo modelo de Margarita Naseau” para reanimar el fervor, el espíritu y el gran impulso misionero de los orígenes en el seno de la Comunidad

Bajo el generalato del Padre Etienne (1843-1876), Catalina tuvo un papel indirecto pero importante en el renacimiento de las dos Congregaciones. El mismo Padre Etienne hace alusión a esta *influencia mariana* en varios documentos. En 1843, decide una nueva consagración de la Congregación de la Misión a la Inmaculada: “*Virgen Inmaculada, torrentes de misericordia y de bendiciones nos son repartidos; sabemos que nos debemos a tu ternura y a tu amor. Nuestra pequeña Congregación perecía y tu la has hecho revivir...*”

Escogiendo a Catalina, esta joven desconocida para el mundo, en un pueblo sin gloria, el Señor demuestra una vez más, que es su obra y no la de los hombres. La palabra de San Pablo se aplica maravillosamente en Fain-les-Moutiers: “*Al contrario, Dios eligió lo que el mundo tiene por necio, para confundir a los sabios; lo que el mundo tiene por débil, para confundir a los fuertes*”(1 Cor 1, 27). María habría podido escoger un obispo, o alguien importante, pero escogió una joven del campo, sin instrucción.

La vida de Catalina nos ayuda a distinguir mejor la santidad del genio. Ciento que las dos van bien juntas, como nos lo demuestra Santa Luisa. Pero no necesariamente juntas. Todos los genios no son santos. Y todos los santos no son tampoco genios y por eso no son menos santos. Sin embargo, la literatura cristiana y la predicación de los sacerdotes, es decir, de los intelectuales, nos ha acostumbrado a etiquetar a los “grandes santos”, los únicos santos que, como san Agustín, san Juan de la Cruz, san Francisco de Sales, san Vicente de Paúl, santa Teresa de Jesús y santa Teresa del Niño Jesús han sabido expresarse con fuerza y escribir con estilo o fundar grandes Ordenes. En este caso, está claro que Catalina no será nunca una “gran santa”: “yo no sabía nada, apenas sabía escribir y por eso, la Santísima Virgen me escogió...”

A decir verdad, la santidad pura está bien; es una especie de genio pero puramente “interior” y sobrenatural y que no aparece en nada sino en una especie de transparencia a la luz divina. En el grado más alto, es el caso de María. Catalina Labouré no ha hecho nada extraordinario, ha hecho lo que hacen miles de Hijas de la Caridad: un servicio muy humilde a los pobres. Lo ha hecho sencillamente, del mismo modo que otra joven, que vivía también sencillamente en un pueblo de Nazaret.

Catalina Labouré aparece como el primer testigo de un nuevo estilo de santidad, sin gloria ni triunfos humanos, que el Espíritu Santo comenzaba a suscitar para los tiempos modernos. Ella ha vivido sobre todo los carismas de cada día. Lo importante para ella, fue el servicio de los pobres. Al día siguiente de su beatificación, el 22 de mayo de 1933, el Papa Pío XI dirá: “no conocemos otro ejemplo más brillante de vida escondida”

DOS MUJERES ESCOGIDAS POR DIOS PARA UNA MISION PARTICULAR

En Luisa de Marillac y Catalina Labouré, Dios interviene de manera personal en sus vidas para confiarles una misión particular. Para una, es la “Luz de Pentecostés” en la iglesia de San Nicolás de los Campos, para la otra, es el sueño de san Vicente en la iglesia de Fain. Ninguna de las dos ha escrito su vida, pero es su director espiritual respectivo (Vicente de Paúl y el Padre Aladel) quienes nos han dado a conocer su experiencia espiritual. Durante sus intervenciones divinas, san Vicente estuvo presente. Su lugar tiene una gran importancia, tanto en la misión confiada a Luisa como en la confiada a Catalina. Y sin embargo, las dos tuvieron un movimiento de rechazo ante la elección de Dios

Para Luisa, Vicente de Paúl se presenta como el guía espiritual que tendrá un papel determinante en la misión que le confía con relación a la fundación de la Compañía. A pesar de que Dios lo ha escogido, Luisa siente repugnancia para aceptar al Señor Vicente.

Para Catalina, san Vicente la iluminará sobre la elección de su vocación y la preparará a recibir una misión que Dios le quiere confiar: “*Dios tiene designios sobre usted, no lo olvide*”. Catalina, también en un momento dado, tiene el deseo de alejarse de este anciano sacerdote e incluso, de huir.

No podemos banalizar o minimizar estas intervenciones divinas. Para acercarnos a ellas, necesitamos mucha humildad y respeto, sabiendo que su sentido profundo nos sobrepasa. Estamos en el umbral del misterio de Dios revelado a dos almas. Estas dos anunciaciões de “la Luz de Pentecostés” y de “la visión de san Vicente en la iglesia de Fain” son acontecimientos fundamentales para la Compañía y para la Iglesia

I – DOS ANUNCIACIONES

4 DE JUNIO DE 1623, “EL ANUNCIO” HECHO A LUISA DE MARILLAC : LA LUZ DE PENTECOSTÉS EN SAN NICOLÁS-DES-CHAMPS

CONTEXTO

El año 1623 es, para Luisa un año sumamente penoso. La salud de su marido se debilita cada vez más, sus sufrimientos son más agudos. Luisa sufre al ver a su marido y sus fuerzas se agotan. A esta prueba humana viene a añadirse una penosa crisis interior; tres “incertidumbres” le desgarraban el espíritu:

- el continuo remordimiento de no haber cumplido su voto de entrar en religión y por consiguiente la duda de saber si debe quedarse con su marido.
- una duda que afecta su fe en la inmortalidad del alma e incluso en la existencia de Dios.
- el cambio de director espiritual que tendrá que aceptar.

El día de Pentecostés de 1623, Luisa entra en la iglesia de San Nicolás de los Campos, con el espíritu terriblemente atormentado.

Como para los discípulos de Emaus, los pensamientos de Luisa están sumergidos en un desconcierto profundo, está invadida por un abismo de cuestiones. Su corazón agitado por una marejada interior y sus pensamientos son confusos.

EL ACONTECIMIENTO

A los 32 años, Luisa tiene una experiencia espiritual de iluminación súbita y fuerte, como la de los apóstoles reunidos en el Cenáculo. Una luz súbita invade su corazón y su espíritu; sus tres “incertidumbres” se convierten en tres “convicciones”. Dios le hace vislumbrar lo que espera de ella.

Una verdadera luz profética

“En un instante, mi espíritu quedó iluminado acerca de sus dudas”. Fortalecida “por la seguridad que sentí en mi espíritu de que era Dios quien me enseñaba...”

La iniciativa viene de Dios: “era Dios quien me enseñaba” dice Luisa. Así, las tinieblas no impiden que la Luz de Dios brille. El Espíritu de Dios hace desaparecer las dudas de Luisa. Su corazón lento para creer se inflama. Dios conduce a Luisa a deshacerse de lo que hasta aquí, le parecía tan importante: su temor de haber sido infiel a su voto de ser religiosa. Luisa pensaba conocer a Dios, pero comprende que se ha equivocado sobre El. Sintiéndose atraída por Dios está llamada a mirar las cosas desde un nuevo punto de vista. A ejemplo de los peregrinos de Emaus, Luisa recorre rápidamente este camino que consiste en pasar del sin sentido que ella percibía, al sentido que Dios quiere revelarle para afianzarla en la fe.

“Mi tercera pena me fue quitada por la seguridad que sentí en mi espíritu de que era Dios quien me enseñaba todo lo que antecede”.

Una misión a cumplir

La segunda cosa que la turba, es la misión que Dios quiere confiarle. Descubre que su voto más querido, se realizará un día. Dios no menosprecia, pues, su deseo de consagración total y lejos de guardarle rencor, confía en ella revelándole, de un modo aun oscuro, su proyecto sobre la Compañía:

“Que un día estaría en una pequeña comunidad para servir a los pobres y que podría consagrarse a Dios por los votos de religión”. “Entendí que sería esto en un lugar dedicado a servir al prójimo; pero no podía comprender cómo podría ser, porque debía haber (movimiento de) idas y venidas (al exterior)”

Luisa sabe que Dios cuenta con ella, esto le basta, incluso si no sabe “cómo se hará esto”. Es el anuncio de una promesa que la orienta hacia el futuro. Dios suscita en ella la esperanza y Luisa se presenta como “la sierva del Señor”.

Un director para ayudarla en su misión

“Se me aseguró también que debía permanecer en paz en cuanto a mi Director, y que Dios me daría otro, que me hizo ver (entonces), según me parece”

Dios toma la iniciativa de darle “una señal” para cumplir su misión, le indica su futuro guía espiritual. Es él quien la ayudará y apoyará en este camino inédito. Se lo hace ver: Luisa reconoce a Vicente de Paúl.

“... y sentí repugnancia en aceptar...”

Esta elección del director espiritual extrañó a Luisa. Vicente de Paúl no le resulta, normalmente hablando, simpático y no duda en confesar la repugnancia que le provoca. ¿Qué tiene en común con Francisco de Sales o Monseñor Camus, estos dos obispos escritores y predicadores famosos? “... sin embargo, consentí...” dice Luisa.

“...pareciéndome que no era todavía cuando debía hacerse este cambio...”

En esta última declaración de Luisa, se siente como una especie de alivio por su parte “Señor, si debe ser este, de acuerdo, pero que no sea en seguida”.

Así, la Providencia conduce a Luisa y Vicente, aparentemente tan contrarios, a cruzarse. En adelante, la vida de Luisa se fundirá con la del Señor Vicente en una vida de colaboración de una excepcional fecundidad. Vicente tendrá un papel determinante en la fundación de la Compañía, aunque la iniciativa fuera de Luisa.

Puede sospecharse que, más tarde, Luisa siempre habitada por la Luz de Pentecostés, discriña que su guía espiritual, escogido por Dios, estaba estrechamente unido a la misión “*de la pequeña comunidad para servir a los pobres*”. ¿No era esta una de las razones por las que Luisa estaba tan íntimamente convencida de que uno de los medios para salvaguardar su Congregación naciente, consistía en ponerla siempre bajo la autoridad del Superior general de los Sacerdotes de la Misión?

El papel de san Francisco de Sales en Luisa de Marillac y Vicente de Paúl

Con relación a esta Luz de Pentecostés, Luisa confesará más tarde que: “*Siempre he creído haber recibido esta gracia del Bienaventurado Obispo de Ginebra, por haber deseado, antes de su muerte, comunicarle su pena y, haber sentido después una gran devoción*”.

Sabemos la gran influencia de Francisco de Sales en la vida de Luisa. Era un renovador espiritual, un director espiritual muy solicitado y un autor místico muy apreciado. Muerto en diciembre de 1622, Francisco de Sales ya no estaba ahí para guiarla y sostenerla durante ese mes de abril de 1623, lleno de tormentos y de dudas. Luisa le reza desesperadamente. Aproximadamente un mes más tarde, recibía la “Luz de Pentecostés”.

Así, Francisco de Sales es el mensajero de Dios para confiar a Luisa la respuesta a sus dudas y sobre todo la misión de realizar la futura Compañía, cuando él mismo, 7 años antes, tuvo que ceder a las presiones del arzobispo de Lión, Denis de Marquemont, obligándole a suprimir la visita a los pobres y enfermos de la vida de las Hermanas de la Visitación, porque era incompatible con el derecho canónico de las religiosas de la época.

La desventura de san Francisco de Sales, producirá frutos en santa Luisa y san Vicente. Vicente de Paul y Francisco de Sales eran muy amigos, se habían encontrado en París en diciembre de 1618. Los dos estaban convencidos de que el único camino para acceder a Dios era la caridad. Antes de morir, Francisco de Sales había incluso confiado a Vicente el destino de la Congregación de la Visitación.

Más tarde, la intervención providencial de Margarita Naseau y de sus compañeras, dará un nuevo rostro a la caridad, la de las pobres campesinas que trabajan con sus manos. Luisa presentirá que un servicio de pobres realizado por los pobres da a la caridad su verdadera dimensión y toda su eficacia: vivir de una caridad vivida por el mismo medio: “pobres sirviendo a los pobres”.

“EL ANUNCIO” HECHO A CATALINA: “EL SUEÑO DE SAN VICENTE EN LA IGLESIA DE FAIN”

CONTEXTO

Catalina no es más que una pobre campesina sin instrucción; no puede ir a la escuela porque tiene que hacerse cargo de la granja paterna y cuidar a su hermana pequeña y a su hermano pequeño minusválido. Unida a Jesús y a María, trabaja en las tareas de la granja con un celo ardiente, reza mucho, ayuna dos veces por semana, visita a los enfermos del pueblo. Tiene en proyecto, entregarse por entero a Dios, pero no sabe dónde ni cómo. Cuando tiene alrededor de 16 o 17 años, san Vicente la visita en sueños invitándola a seguirle.

EL ACONTECIMIENTO

Una noche, Catalina tiene este extraño sueño: se encuentra en la iglesia de Fain, en su sitio habitual. Está rezando, llega un anciano sacerdote. Se reviste con los ornamentos sacerdotales y celebra la misa en el altar. Lo que le sorprende es, su mirada, cuando se vuelve para el *Dominus vobiscum*. Al *Ite missa est*, le hace señas de acercarse. El miedo se apodera de ella. Se aleja, andando hacia atrás, fascinada. No puede apartarse de esta mirada. Se acordará de ella toda su vida. Recorramos este sueño y veamos la actitud de este anciano sacerdote que refleja y prolonga, a la manera humana, la actitud de Dios revelada en Jesús.

Comienza una misa

“Estaba en la iglesia de Fain rezando y un anciano sacerdote con un bonete negro, se avanza hacia el altar y celebra la misa...” El primer signo que se le da a Catalina es el de la Eucaristía. Ella reza en la Iglesia y

en ese momento un sacerdote llega para celebrar la misa y le permite participar en la Eucaristía. Dios se une a ella en su deseo profundo de participar cada día en la misa. Su corazón es tan acogedor que Dios puede darse sin reserva.

Durante toda su vida, la Eucaristía será el centro y el manantial de todas las gracias. ¡Cuántas veces irá a arrodillarse “al pie de este altar”!

Una mirada que revela el corazón de Dios

“*Su mirada me fascinaba...*”. San Vicente se dirige a continuación a Catalina por la mirada. Sin saberlo, Catalina tiene una experiencia parecida a la de Moisés en el Horeb cuando contemplaba la zarza ardiente. No se puede quitar de su vista la mirada de san Vicente. Está deslumbrada por esta mirada iluminada por la claridad de Dios. Frente a tal mirada de amor, ella quiere ofrecer la gracia de existir como persona.

Igualmente se puede sospechar que Catalina ejerció en san Vicente una verdadera fascinación, como en otro tiempo lo hizo Margarita Naseau: “*hijo de un labrador, que guardé puercos y vacas*” (Coste IV, 1433 [1372] a Francisco de Saint Remy. pp.209-210) se sintió ciertamente interpelado por esta joven campesina sin instrucción. No es este punto común el que llamó la atención de San Vicente, sino la extraordinaria personalidad de Catalina, su vida de fe intensa, su perseverancia en la adversidad, su ardor en el trabajo, sin otro designio que el de la gloria de Dios. ¿Cómo no iba san Vicente a dejarse impresionar delante de una campesina, tan sencilla y tan humilde?

Una mirada que llama

“*Al final de la misa, me hace una señal para que me acerque...*”. San Vicente se hace cercano y le hace una señal, de manera familiar. Catalina está asombrada, esta atención del anciano sacerdote debería alegrarle, sin embargo está turbada: “*Tengo miedo. Me alejo pero hacia atrás, sin poder apartarme de su mirada...*”

Llena de temor, su primer reflejo es el de alejarse. Pero, aun alejándose, no puede impedir mantener su atención sostenida hacia este anciano sacerdote. Catalina se siente envuelta por esta mirada que le da confianza y que la llama.

Una palabra que compromete a servir

“*A la salida de la iglesia, voy a visitar a una enferma. El anciano sacerdote me encuentra y me dice: Hija mía, está bien cuidar a los enfermos*”.

Al salir de la iglesia, Catalina visita a una mujer enferma (en el sueño). San Vicente la acompaña y le agradece su generosidad y su entrega; le revela su capacidad de cuidar a las personas que sufren.

Y continúa diciendo: “*Ahora huyes de mí, pero un día, te considerarás dichosa de venir conmigo*”...

Esto hace suponer lo impresionada que está Catalina. San Vicente la tranquiliza, anunciándole una palabra de felicidad; ¡de felicidad de ir con él, un día! Es una llamada: “*Ven, sígueme*” había dicho Jesús y con esta mirada, Pedro lo siguió. Es la misma llamada la que este anciano sacerdote dirige a Catalina, sin revelarle, sin embargo, su identidad.

Pero Catalina ha oído bien la invitación a comprometerse. Si, su vida será útil y hará de ella un servicio. Pero, “¿Cómo será esto?”, ella no lo sabe.

Una misión a cumplir

Es sólo después de algún tiempo de este encuentro cuando Vicente le anuncia algo que le concierne muy personalmente: “*Dios tiene sus designios sobre ti. ¡No lo olvides!*” Es una declaración inesperada: Catalina comprende que Dios la necesita, y que necesita su disponibilidad. “*¡No lo olvides!*” Dios estará a la puerta y llamará en un momento dado. Es el anuncio de una promesa que orienta hacia el futuro.

Catalina se aleja de nuevo, asombrada por este hecho completamente singular. Pasando el pórtico de la casa paterna, se despierta. No era más que un sueño.

A PESAR DE LAS REVELACIONES DIVINAS, LA VIDA ES DIFÍCIL

¿Qué maravilloso canto de reconocimiento no habrá salido del corazón de Luisa de Marillac después de esta “Luz de Pentecostés”? Nunca más será exactamente la mujer que fue antes. Su vida está marcada para siempre por este acontecimiento. No lo podrá olvidar nunca: su camino será diferente y el porvenir se le precisará.

Pero esta «luz de Pentecostés» no ha resuelto de un golpe de barita mágica todas las dificultades de su vida. La enfermedad de su marido evoluciona. El peso de este acompañamiento se vuelve extremadamente pesado. Estando día y noche a la cabecera de su marido, Luisa se encuentra de nuevo, en un estado de gran cansancio. Su marido muere dos años y medio más tarde.

Viuda a los 34 años, Luisa se queda sin fuerzas, sola con su hijo de 12 años. Parece que es en ese momento cuando decide verse con San Vicente. Este, con sus orígenes campesinos, sabe muy bien que tiene que pasar tiempo para encontrar el equilibrio necesario y avanzar. En primer lugar, acoger el sufrimiento de Luisa y después, pacientemente le ayudará a asumir su situación.

Luisa atraviesa aún períodos de tormentos. Sabemos que si algunas tinieblas son vencidas por el poder de Dios, otras quedan ocultas permanentemente en el corazón, a causa de las heridas de nuestra naturaleza humana. Sin embargo, Luisa se compromete con valentía en el servicio de los pobres, hasta el punto de convertirse en la colaboradora ideal de Vicente. La llegada de Margarita Naseau en 1630 será la claridad definitiva para la realización de la misión confiada.

Para Catalina Labouré, el sueño de Fain es misterioso pero ocupa su corazón y su pensamiento. Incluso si el trabajo en la granja es siempre tan difícil, Catalina es feliz interiormente. Tiene un nuevo impulso. Ahora trabaja aún mejor que antes; prepara proyectos de futuro. Cuando Catalina tiene el permiso de su padre para aprender a leer y escribir, va al pensionado de Châtillon-sur-Seine; es allí donde hablará con el padre Gailhac, párroco de la parroquia, que le dará la clave del enigma. Catalina irá, pues, donde las Hijas de la Caridad.

Pero su vocación será muy probada e incluso contrariada durante 5 largos años: rechazo categórico de su padre, que quiere casarla, exilio en París, por último, reticencia por parte de la Comunidad. Sin embargo nada hará cambiar la determinación de Catalina.

CADA UNA HA DEBIDO ESPERAR 7-8 AÑOS ANTES DE PERCIBIR EL MISTERIO DE LA MISIÓN CONFIADA POR DIOS

Después de haber reconocido a Jesús resucitado, los dos discípulos de Emaus dejan la posada, toman de nuevo el camino que habían recorrido durante el día, pero esta vez en sentido contrario. La noche que ya ha caído sobre las colinas de Judea no es un obstáculo, su corazón lento para creer se ha vuelto ardiente. Todo ha cambiado de sentido para ellos y esta vuelta nocturna a Jerusalén lo confirma. ¡El Señor ha desaparecido: no importa, porque ahora, saben que está vivo! Pero no han llegado aún al final del camino...

Para alcanzar el término, hay que dejar madurar la experiencia espiritual en un silencio interior. A los ojos de los hombres, el tiempo necesario para que se realice los designios de Dios puede parecer largo. Al relacionarse con la realidad de la vida diaria, Luisa de Marillac y Catalina Labouré, descubrirán los signos que Dios les dará para la realización de la misión confiada.

Para Luisa: 1623 (Luz de Pentecostés) – 1631 (Margarita) - 1633 (La Fundación)

Después de la “Luz de Pentecostés”, fue necesario más de 8 años de interiorización, de discernimiento y preparación para que Luisa percibiera el misterio de la misión confiada. Con la llegada de las jóvenes campesinas para ayudar a las Damas, la intuición va a imponerse poco a poco en Luisa, de consagrarse a ellas y a su formación, porque es sin duda esta “la pequeña comunidad consagrada al servicio de los pobres”.

Para Catalina: 1823 (fecha aproximada del sueño de Fain) – 1830 (La Medalla)

Después del sueño de Fain, necesitará también 7-8 años antes de que descubra, un cierto 27 de noviembre de 1830, cuales son “los designios de Dios sobre ella”. Pero ese día estará precedido por otros acontecimientos, también importantes, que hay que tener en cuenta para no exponerse a graves errores de interpretación, o en todo caso, correr el riesgo de no percibir la plenitud del significado.

En efecto, a su llegada al Seminario, Catalina encuentra al Señor Vicente, a quien tanto admira y quiere imitar, pero esta vez, está bien despierta.

LA VISION DEL CORAZÓN DE SAN VICENTE

El domingo 25 de abril de 1830, al regreso de San Lázaro, en la capilla de la calle del Bac, Catalina percibe, sobre la pared, a la derecha por encima del pequeño relicario de san Vicente, su corazón. Tres días seguidos, Catalina “ve” el corazón de San Vicente como un ícono.

La visión toma, cada vez, un tinte diferente: blanco, rojo, rojo oscuro. Catalina no sólo percibe los símbolos, sino también las palabras interiores. *“La riqueza del significado de la ‘visión del corazón’ es prodigiosa, según la interpretación del simbolismo de los colores que ella misma da”*

Catalina “*medita todas estas cosas en su corazón*”. Lejos de evadirse de la realidad diaria, esta visión multiplica sus fuerzas para amar y para servir. Y el Cielo continua ofreciendo señales a Catalina. Se diría que su humildad ejerce un atractivo irresistible sobre el Señor que se complace en comunicarse con ella y en responder a sus deseos.

LAS APARICIONES DE NUESTRO SEÑOR EN LA EUCHARISTIA

“*El amor es inventivo hasta el infinito*” decía san Vicente. A Dios no le falta creatividad, no pretende que todas las personas caminen al mismo ritmo. En el sueño de Fain, por el anciano sacerdote, Dios se muestra a Catalina en su deseo de participar en la misa; durante su Seminario, Dios se le presenta en persona y responde a su “deseo” tan puro. Durante los meses siguientes, Catalina ve a Nuestro Señor, como en transparencia en la Eucaristía.

Para los discípulos de Emaus, el gesto de la fracción del pan en la mesa de la posada es un trazo de luz fulgurante de la presencia de Cristo en su vida: *“¡entonces lo reconocieron!”*. Para Catalina, la mesa eucarística se convierte en el lugar por el que accede misteriosamente a la Realidad. Su fe es una relación de amor con su Dios y en la misa, se deja invadir, en lo más secreto de su corazón por El mismo Jesús.

El tiempo de Seminario será para Catalina, un gran “tiempo eucarístico”. Sólo Dios, sólo Cristo reina en la vida de Catalina. Su práctica eucarística es el lugar privilegiado en el que ella encuentra un impulso y un contenido renovado: es afirmación en la fe que allí y sólo allí, se encuentra el sentido definitivo y pleno de todo lo vivido.

Esta nueva experiencia de presencia y de revelación no se comparable con la precedente. Pero aún se trata de una intervención sobrenatural, divina. Toda su vida, Catalina será una mujer “eucarística”. ¿Cuántas veces no irá “al pie del altar” para encontrar al que está presente en el Santísimo Sacramento?

Al describir el fervor eucarístico de Catalina, ¿cómo no evocar rápidamente el de Luisa de Marillac que no cesaba de maravillarse ante *“este sorprendente invento y amorosa unión por la cual Dios”* (E. 99 (M. 72) (De la Sagrada Comunión). pp.811-813). *“Delante de tantas gracias, tanto amor de la humanidad”*, ella no tenía más que una única palabra, un grito” *“¡Oh Amor infinito!”* (A. 15, Correspondencia y escritos, p 709). Las Hermanas, que vivieron con Luisa, estaban muy impresionadas por su actitud en el momento de sus comuniones (Coste X, 729). Luisa recomendó siempre a las Hermanas estar *“atentas a esta divina presencia”*. (A.71, Correspondencia y escritos, p. 772).

LA PRIMERA APARICIÓN: 18 DE JULIO DE 1830

Por fin, san Vicente se acerca a Catalina para prepararle el corazón a recibir los *“designio de Dios sobre ella”*. El 18 de julio de 1830, víspera de la fiesta de san Vicente, todo ocurre como si san Vicente llenase el corazón de Catalina de un gran deseo y la invitase a prepararse para el encuentro con la Santísima Virgen durante esa noche. Y esta primera Aparición, será la etapa preparatoria a la del 27 de noviembre en la que Catalina recibirá la misión de hacer acuñar la Medalla de la Inmaculada.

Cuando María se acerca *“en el coro y se sienta en el sillón situado a la izquierda del coro”* Catalina no se da cuenta: *“yo no veía a la Santísima Virgen”* dirá ella. Ella duda de la identidad de la Virgen y se queda a distancia del sillón. El angel tiene que repetir tres veces seguidas: *“Aquí tienes a la Santísima Virgen”*. Necesitó un cierto tiempo para ajustar su mirada y situarla a nivel de la fe. Superando las apariencias, ella “reconoció” a María. Como los discípulos de Emaus, Catalina es capaz de ver “lo invisible”.

Luego llega el tiempo de la relectura de los acontecimientos. Antes de proponerle una explicación de los acontecimientos, María le da tiempo para contarlos: ¿Qué? Y Catalina cuenta toda su historia. Después de haberla escuchado, María inicia su respuesta y le ofrece su propia relectura de los acontecimientos. La sitúa en la gran historia del pueblo de Dios y de la Compañía y le precisa el sentido de los acontecimientos. María compromete a Catalina en el camino de la fe, de la búsqueda de la voluntad de Dios.

Del mismo modo, que la relectura de Jesús alimento de sentido la que habían establecido los dos discípulos de Emaús, la relectura de María conduce también a Catalina a tomar entre sus manos su historia y la de la Compañía. Puesto bajo el signo del Espíritu, el presente se convierte en el tiempo en el que Dios concede gracias a nuestra tierra y nosotros estamos llamados a hacer vivir el tiempo de gracia con nuestros hermanos.

A EJEMPLO DE LUISA Y CATALINA, RELEAMOS NUESTRA VIDA PARA EN ELLA LEER A DIOS

A ejemplo de santa Luisa y de santa Catalina, nosotros también estamos invitados, a releer nuestra vida bajo la mirada de Dios, no como una preocupación de introspección o de satisfacción narcisista sino como agradecimiento hacia el que nos ha llamado y guiado en nuestra vocación de Hija de la Caridad. La mejor manera de dar testimonio de Dios, ¿no es la de reconocerle en nuestra propia vida diaria? Esta relectura supone siempre una mirada de fe que sepa discernir la acción de Dios en los avatares de la historia. ¿Hay que protegerse de un providencialismo ingenuo que hará de Dios la causa inmediata de todo? Dios no está en el acontecimiento mismo, está al lado del hombre que lo afronta. Si nuestro cuotidiano con frecuencia nos aparece banal, repetitivo, ¿no será porque somos torpes para reconocer a Dios que viene a nuestro encuentro para amarnos y llevarnos a amar como El? En efecto, en su amor, Dios no se cansa de buscarnos y precedernos. Nuestros días son una aventura de amor y de fe con El.

“Hacer memoria” como Dios lo recuerda constantemente al pueblo hebreo, es el hecho fundamental que sostiene nuestra vida espiritual, nuestro caminar en comunidad con el Señor. “Hacer memoria” de los acontecimientos claves de nuestra vida o de los momentos aparentemente más ordinarios de cada día, nos permite vivir en presencia de Dios, en el agradecimiento y la acción de gracia. “Hacer memoria” de nuestros límites y de nuestros errores nos invita incansablemente a volver a confiar en la misericordia de Dios para con nosotros y para con los demás.

LAS HIJAS DE LA CARIDAD Y LOS POBRES HACEN CAMINO...

La relectura de nuestra vida es un camino para reconocer la presencia de Dios en el corazón y en la vida de los pobres.

En su encuentro con Isabel, María reconoce su propia dignidad y el don que Dios le hace. Luego, en su cántico del Magnificat, la mirada de María se amplía más allá de su propia vida, hacia Dios y su acción en la historia de los hombres.

A ejemplo de María, nosotras estamos invitadas a reconocer la presencia activa de Dios, no sólo en nuestra vida sino, igualmente en la de los pobres que acompañamos. Como Jesús lo hizo con los discípulos de Emaus, podemos releer con los pobres su propia vida para reconocer en ella el Amor que Dios escribe cada día en su corazón. La convicción de que el otro, sea el que fuere, lleva en él riquezas ocultas, incita en todas las circunstancias a poner en todo ser humano, la mirada de Cristo. Esta cualidad de la mirada, emanación de una profunda magnanimitad, puede conducir al más excluido a revelar su propio misterio, su profundidad, el sentido de su vida: sólo él puede decírnos quién es, lo que piensa y lo que le hace vivir. Para entender bien la revelación que nos puede ser realizada en un momento dado y comprender el contenido del mensaje comunicado, con frecuencia es necesario caminar mucho tiempo con el otro, con la paciencia de Jesús por el camino de Emaus. La calidad de presencia y de compromiso, permite desarrollar una confianza recíproca, aprender el lenguaje del otro y progresivamente liberar la palabra de las personas en estado de gran pobreza. Así, poco a poco, en una relación de fraternidad reconocida, podemos dejarnos instruir y evangelizar por los pobres.

Abiertas a los encuentros que Dios nos permite hacer, descubramos el misterio del amor encarnado de Dios que abre nuestros corazones los unos a los otros y los reúne entre ellos.

Sor Anne PRÉVOST
Hija de la Caridad

Desafíos actuales

Desafíos actuales

Temas de actualidad

LAS OBRAS MISIONALES PONTIFICIAS

Me dirijo a ustedes como responsable del “Servicio de la Misión Universal”. Este servicio, en el seno de la Conferencia Episcopal de Francia, es un servicio de Iglesia para evitar que ésta no se cierre en ella misma, sino que por el contrario, se abra cada vez más al resto de las Iglesias presentes en el mundo. En este servicio, está la cuestión de los sacerdotes *fidei donum*, es decir, los sacerdotes que desean ir a otros continentes; actualmente son 158 para una cincuentena de países diferentes. Hay también un nuevo servicio que es una célula de acogida para los sacerdotes, religiosos y religiosas extranjeros que vienen a Francia, principalmente para la pastoral, sector en plena expansión: hemos pasado de 500 sacerdotes y religiosos hace 8 años, a más de 1400 sacerdotes y 4500 religiosas venidos del extranjero.

Es esta una situación nueva para Francia, puesto que antes, teníamos sobre todo la costumbre de partir a otros lugares. Hoy, se ha instalado una cierta reciprocidad. Junto con un equipo, estoy encargado de la animación misionera en las diócesis, en relación con los equipos diocesanos de animación misionera, de la Semana Misionera, de ser vínculo de unión con las Iglesias de África (la colecta de la Epifanía para las Iglesias de África) y desde el servicio concreto de las Obras Misionales Pontificias, ligado a la Semana Misionera que se celebra todos los años en la 3^a semana de octubre.

Mucho antes de tener esta denominación, las Obras Misionales Pontificias existen desde hace mucho tiempo. En los Hechos de los Apóstoles, la idea de la misión está muy presente, puesto que estaba ya en el Evangelio: *“id y enseñad a todas las naciones”*. Llevad el Evangelio, bautizadles y rápidamente la idea de un apoyo material, de intercambio y de una colecta ha formado parte de la misión de la Iglesia. Y desde los Hechos de los Apóstoles, vemos que las comunidades hacen colectas para las comunidades en dificultad. Esta costumbre perdurará a través de la historia de la Iglesia y saben que los misioneros y las Congregaciones misioneras, van a necesitar siempre un apoyo y un apoyo económico para poder ir más allá y hacer que el Evangelio pueda ser anunciado en otros países y hasta los confines de la tierra.

De un modo más concreto, en 1819, una joven de Lyon, Pauline Jaricot, tuvo una intuición: lograr que en su entorno Lionés, en el que vivían obreros, artesanos, trabajadores pero también burgueses y aristócratas, se interesaran por la misión. Por esto Pauline lanza la idea de crear grupos de oraciones por las misiones y grupos de comunicaciones para intercambiar correspondencia con los misioneros. Son medios concretos para apoyar la misión: informarse para saber lo que se vive en otras partes y rezar para que el evangelio sea más conocido, rezar por todos los misioneros, hombres y mujeres, religiosos y religiosas, que están lejos y que en cierto modo son “nuestros enviados”. Y como necesitan apoyo material, Pauline lanza la idea de “una moneda por semana”: una moneda por semana, una oración, un intercambio de informaciones, es la primera etapa.

En una segunda etapa, Pauline piensa que cada una de esas 50, 60 u 80 personas comprometidas en un primer tiempo, debe encontrar otras diez. Y así, cada una se compromete a encontrar a 10 personas para hacer otro grupo de oración, intercambio de información y recoger dinero. Poco a poco se forma una gran cadena de solidaridad, de oraciones y de informaciones. En 1822 se crea oficialmente en Lyon la fundación “obra de la Propagación de la Fe”.

Es una intuición que parte de una sencilla idea: rezar, informarse, compartir pequeñas cantidades pero, puestas unas al lado de las otras, pueden hacer milagros. Pronto Roma se interesa por esta idea de la Propagación de la Fe (Propaganda Fide). Uno de los prefectos de la Congregación (que será el Papa Gregorio XVI), reconocía la calidad de esta intuición. Durante este tiempo, Pauline progresó en la estructuración de su obra. Será necesario un cierto tiempo para que Roma reconozca sus estatutos; esto se hará de una manera imprevisible después de la primera guerra mundial. En 1922, Roma declara la obra de la Propagación de la Fe; "Obras Misionales Pontificias". La obra de Pauline creada un siglo antes, es reconocida como obra del Santo Padre.

En 1926, bajo la solicitud del Consejo Superior de esta Obra, el Papa pide que cada año se celebre en todos los países del mundo, el 3er domingo de octubre, la Jornada Mundial de las Misiones. Cada año la obra toma forma poco a poco. El Santo Padre se dirige a toda la Iglesia con un tema anual, dándole un mensaje para la misión universal.

Como franceses, estamos marcados por el hecho de que esta obra haya nacido en Lyon y más teniendo en cuenta que, en la misma época, cerca de Caen, las señoras Bigar van a tener la preocupación del apoyo y de la formación de los sacerdotes, misioneros y autóctonos. Inician una obra que se llamará "San Pedro Apóstol". Es la segunda obra pontificia reconocida, nacida también en Francia. Y por último, Monseñor Forbin Janson se dijo que los niños también podían ser los misioneros de los niños. Entonces, inició la obra de la "Santa Infancia" que pasaría a ser "la Infancia Misionera". Es la tercera obra pontificia misionera nacida en Francia.

La cuarta obra vendrá de un sacerdote italiano, el Padre Maniat, quien insistió en la formación de los catequistas, los laicos, los religiosos y religiosas; creó un instituto de formación: "la Pontificia Unión Misional". Es la cuarta obra de las Obras Misionales Pontificias.

El siglo XIX ha sido un siglo totalmente sorprendente del despertar misionero. La Iglesia de Francia en particular y la Iglesia de Italia conocieron, a lo largo de todo el siglo XIX un despertar misionero muy grande (basta con mirar el número de congregaciones diocesanas creadas durante el siglo XIX). La Iglesia de Francia despertaba después de las persecuciones religiosas de la Revolución. Era también el período del desarrollo industrial y de la colonización. Lo que es interesante en las Obras Misionales Pontificias, es que la idea de comienzo aportada por Pauline es tomada de nuevo por la "*Congregación de la Propagación de la Fe*" que pasará a ser después del Concilio, la "*La Congregación para la Evangelización de los Pueblos*", para apoyar a las Iglesias jóvenes y dar a luz nuevas diócesis. Es uno de los puntos más importantes de las Obras Misionales Pontificias: no olvidar a nadie en la Iglesia, sobre todo a las diócesis jóvenes; ya sea un obispo con buena vista, capaz de hablar bien o un obispo discreto y tímido, cada uno tiene derecho al intercambio universal. Detrás de la idea de las Obras Misionales Pontificias, está la profunda convicción de un fondo universal, en el que todas las Iglesias pongan en común y sea repartido a las diócesis y a las obras, en función de las necesidades.

¿Cómo funciona? cada año, todo lo que se recoge el domingo de las misiones se reúne en cada diócesis y luego a nivel nacional. El conjunto de las colectas forma una suma global a nivel mundial. Luego, teniendo en cuenta las 1560 diócesis que se benefician de la ayuda de las Obras Misionales Pontificias, la suma se reparte en función del número de catecúmenos, bautizados, sacerdotes y necesidades de la diócesis. Así, cada diócesis puede contar cada año con una ayuda para su funcionamiento pastoral. Esta cantidad no está destinada a la construcción de una escuela o de un estable, está destinada al funcionamiento pastoral.

Después, hay una segunda etapa en la que cada diócesis puede presentar, al servicio de las Obras Misionales Pontificias de su país, proyectos como, por ejemplo, la construcción de una escuela de catequistas, precisando la cantidad de horas de trabajo que pueden asegurar, los ladrillos que pueden fabricar, los muebles que pueden hacer y lo que va a faltar. El proyecto se presenta a la Obra Misional Pontificia del País y la nunciatura lo envía a las Obras Misionales Pontificias de Roma. Así, cada año, en el mes de mayo, se celebra una semana de Consejo Superior con todos los directores nacionales, para analizar estos proyectos y en función de la

cantidad disponible, se reparte intentando no olvidar a nadie. Estamos obligados a limitar el número de proyectos por diócesis, clasificándolos por cuestiones, ya sea de construcción, de formación y de encuentros diocesanos. Así gracias a la generosidad del pueblo cristiano, llegamos a nivel mundial, a cifras anuales que giran alrededor de 200 millones de euros. Además de las colectas, están los donativos, los legados y las intenciones de misas. En la idea de Pauline Jaricot, estaba la información, la oración y el intercambio. Las intenciones de misa son una manera de estar en comunión y también de compartir. Las intenciones de misas reunidas por las Obras Misionales, sirven casi únicamente en los lugares de formación, entre ellos los Seminarios. Cuando recibimos la petición de celebrar misas gregorianas dedicadas a una familia, las confiamos a un Seminario que no tiene muchos recursos. Es bueno conocer estas cosas, ya que hay Iglesias que sólo viven de esto.

Hoy, ¿quien puede, salvo los católicos, ayudar al desarrollo de la Iglesia católica? Es evidente que esto se realice a partir de la ayuda de los católicos...la multiplicación de los donativos hace milagros. Actualmente Pauline Jaricot está reconocida como Venerable; nos gustaría que estuviera ya beatificada, pero no se encuentra el milagro en el plan de salud. He vuelto a decir al Cardenal Díaz, que el milagro, para mí, es permanente desde 1822, porque, cada año, gracias a la generosidad de los católicos, no hemos tenido que cerrar ninguna obra por falta de dinero: ¿no es esto una especie de milagro permanente?

Actualmente, en cada diócesis, hay un delegado de la vida misionera y en cada país, un director; juntos tratamos de proponer una animación misionera, de modo que nuestra Iglesia local nunca se encierre en ella misma sino que esté siempre abierta al extranjero, a las otras Iglesias y a la vitalidad de estas Iglesias. La nuestra debe ser siempre una Iglesia abierta.

Actualmente, hay alrededor de 150 directores nacionales, por lo tanto hay 150 países en los que se encuentran las Obras Misionales Pontificias. Ayudamos a más de 1500 diócesis. En el campo de la formación, lo que supone hacerse cargo de 220.000 catequistas (libros, sesiones de formación y a veces medios de desplazamiento), el mantenimiento de 35.000 seminaristas mayores y 54.000 seminaristas menores en todo el mundo.

Para los seminaristas mayores, la ayuda proporcionada es por un valor de 550 dólares por seminarista y año. Para los menores es del orden de 250 dólares. Es también la ayuda para los noviciados autóctonos, los postulantados y todos los lugares intercongregacionales. Otro tipo de mantenimiento es el lanzamiento de las universidades católicas o las escuelas de catequistas. En todo el mundo contamos con 150 universidades católicas y entre ellas, más de la mitad pertenecen a Iglesias jóvenes. A cada uno de estos institutos se les concede una ayuda al igual que a las diócesis jóvenes. Cada vez que creamos una nueva diócesis, el nuevo Obispo debe contar con los medios necesarios para comenzar. Por ello, cada diócesis nueva recibe una atribución de comienzo.

En 1962, había en el mundo, 2200 diócesis; en 2008 había 3800. Esto quiere decir que la Iglesia ha progresado en número de bautizados, diócesis, religiosos y religiosas, seminaristas y sacerdotes. Actualmente somos algo más de mil millones de católicos (1,6 mil millones si se tiene en cuenta el conjunto de los cristianos) pero hay 6 mil millones de hombres y la evangelización puede todavía avanzar. La cuestión que se esconde detrás de estas cifras, es que el número de bautizados aumenta más rápido que el de los sacerdotes y formadores. El número de sacerdotes tiende, actualmente, a estabilizarse a nivel mundial, incluso si en Europa disminuye. Pero el número de formadores es deficitario respecto a las necesidades. Y aquí, la Obra Misional Pontificia y en particular la cuarta obra, "la Pontificia Unión Misional" intenta favorecer la formación de los formadores o formadoras (por ejemplo, una sesión en lengua francesa de 35 formadoras africanas que fueron a Roma durante un mes para trabajar juntas en inter-noviciado y la misma sesión para formadores hombres). Las mismas sesiones existen en lengua inglesa, en lengua española, etc. Este servicio de evangelización de los pueblos quiere que no se inicie nada sin proporcionar los medios. De ahí que el trabajo permanente de las Obras Misionales Pontificias sea el de continuar informando y alentar la oración, pero sobre todo buscar los

medios para permitir creaciones y sobre todo, asegurar su continuidad. Juan Pablo II y Benedicto XVI con relación a este proyecto van en el mismo sentido y proponen objetivos.

El Papa Benedicto XVI en su carta dirigida a los católicos de China, precisa el objetivo del proyecto: la apertura hacia China y más globalmente la apertura hacia Asia donde las necesidades son inmensas. Actualmente se desarrollan numerosos proyectos para la formación, para la creación en el continente asiático.

Cada año, una animación en el país y en la Iglesia de Francia, permite sensibilizar a las comunidades cristianas a esta apertura hacia otras Iglesias, a la necesidad de un apoyo material, pero también a la acogida de sacerdotes, religiosos y religiosas como testigos entre nosotros de estas Iglesias lejanas, y además para hacerse cargo de un cierto número de estos proyectos.

No es fácil, tanto más teniendo en cuenta que actualmente la Iglesia de Francia debe enfrentarse a sus propias dificultades para renovar a sus dirigentes y los obispos más que enviar llaman. Sin embargo, hay que recordar siempre que el bautismo está en el centro de la misión, nos envía hacia los hermanos y nos hace misioneros. Es importante no olvidar la Iglesia Universal. Hemos de estar **siempre** atentos al otro y al envío a misión.

Hoy, en algunos países, la Iglesia es el factor estabilizante de la sociedad; la única estructura fiable es la Iglesia. Cuando fui responsable de la cooperación para la Iglesia de Francia, oí a algún que otro ministro decir: "Padre, contamos con la Iglesia católica en tal lugar para sostener este proyecto", y esto no venía obligatoriamente de los ministros de derechas. Si observan bien, en algunos países, se constata que la Iglesia católica es la que ha ayudado a la reconciliación, la que ha permitido conferencias nacionales sobre la reconciliación y la paz. Este papel de la Iglesia está apoyado por las Obras Misionales Pontificias en la medida que somos conscientes de que los obispos tienen una misión particular en el desarrollo cultural pacífico. Por algo el Vaticano II comprometió tanto a "Justicia y Paz"

En el Compendium de la moral social de la Iglesia, tenemos un tesoro para la humanidad y en numerosos países, esta concepción de la vida, del respeto del hombre, de la justicia y de la paz que nos presenta la moral cristiana, es una aproximación misionera. Esta manera de ver la sociedad, el mundo y de comprometerse, es también una manera muy concreta de practicar la caridad día a día. La caridad pasa también por esta dimensión. Pablo VI nos decía que la forma soberana de la caridad era el compromiso político. Es decir, el bien del pueblo, el bien para todos, estamos ante una de las dimensiones por la que la Iglesia se ha comprometido de lleno a través de sus obras misioneras. Hoy, si miran todo lo que se hace en la dinámica de la justicia y de la paz, todo lo que se hace en relación con los niños (niños soldados y los dramas que esto representa), se darán cuenta que en tal sitio están los hermanos Salesianos, en otro son las Hijas de la Caridad o las Hermanas del Corazón de Jesús...La misión hoy se vive a través del encuentro respetuoso y del servicio de Cristo presente en toda persona. Esto es lo que, brevemente, son las Obras Misionales Pontificias.

Padre Pierre-Yves Pecqueux

Religioso de San Juan Eudes

Desafíos Actuales

Hoy, con los Fundadores,

Provincia de Granada

Un Centro social rural en los suburbios de Temara (Marruecos)

“Os aseguro que cada vez que lo hicisteis con el más pequeño de mis hermanos, conmigo lo hicisteis” (Mt. 25, 40)

El Centro rural de Servicios sociales está situado, como su nombre lo indica, en una zona rural en las afueras de Temara, a 20 km de Rabat, capital de Marruecos, situada al norte del país en la costa atlántica.

Hacia los años 80, hubo una importante migración interior hacia las grandes ciudades. Los suburbios se convirtieron en verdaderas aglomeraciones, con un número incalculable de habitantes y una tasa de natalidad muy elevada. Hoy, el gobierno desea la desaparición de los suburbios, pero eso llevará tiempo.

En septiembre de 1975, las Hijas de la Caridad llegaron a Temara, respondiendo al deseo de los Padres Jesuitas franceses que lo habían pedido a la Casa Madre. Las Hermanas iniciaron su misión ocupándose de los enfermos que venían al Centro de obras; ellas también iban, bien a pie o bien en burro, a visitar a los enfermos en sus casas con frecuencia alejadas.

“Presencia y testigo” de Iglesia en medio del pueblo musulmán, la Comunidad está formada por 4 Hermanas. Nuestra misión es la de servir a los pobres con respeto y amabilidad, viviendo fraternalmente con todos. Un Jesuita francés nos celebra cada día la Eucaristía, verdadero regalo, porque somos las únicas cristianas en Temara.

La comunidad eclesial de la diócesis de Rabat, de la que formamos parte, es multicultural, lo que es muy enriquecedor. Las buenas relaciones que existen entre todos nosotros, refuerzan nuestra fe y nuestra pertenencia a la Iglesia.

El Centro de obras, comprende un pequeño dispensario, un espacio para la promoción de la mujer, otro para los niños que reciben un apoyo escolar y para la distribución de la leche materna. Las numerosas visitas a domicilio que llevamos a cabo, nos permiten descubrir una situación de pobreza sorprendente. Muchos recorren kilómetros para venir al Centro cada mañana.

EL DISPENSARIO

Trabajamos en colaboración con un Padre Jesuita médico. Cada día, nuestro dispensario acoge, por término medio, unas 30 personas para atención médica, muchas veces quemaduras. Debido a las malas condiciones de vida y de vivienda, los niños juegan con frecuencia en la cocina. Allí, el biberón que se está calentando está al alcance de todos y por supuesto, de los niños, o es el butano o la olla a presión que explotan... provocando quemaduras de segundo o tercer grado. Todo esto es consecuencia de la ignorancia y de la pobreza.

La mala higiene, provoca enfermedades de piel. Al curarles, aprovechamos para aconsejarles sobre unos buenos hábitos de higiene.

Finalmente, acogemos a unos 50 enfermos, jóvenes y no tan jóvenes, que atendemos por trastornos psiquiátricos. Durante el tratamiento, con frecuencia descubrimos las razones: situaciones familiares difíciles, padres sin recursos debido a la enfermedad, al paro...

LA PROMOCION DE LA MUJER

Muchas jóvenes que participan en la formación vienen de los pueblos circundantes. Damos cursos de cultura general (la mayoría no ha asistido a la escuela o la han dejado muy temprano), les enseñamos a bordar a máquina y a mano, entre otros el típico punto marroquí. Después del tiempo de formación, reciben un diploma de servicio social que les ayuda a encontrar un trabajo.

LA AYUDA ALIMENTICIA PARA LOS BEBÉS

Acogemos a bebés enfermos o desnutridos, porque sus madres no les pueden amamantar. Progresivamente, aprendemos a conocer a toda la familia y descubrimos así otras pobrezas: los niños no van a la escuela, las casas están en mal estado, otros miembros de la familia están enfermos. El Centro distribuye leche para los bebés y alimentos de base para toda la familia.

EL APOYO ESCOLAR

35 niños de edades comprendidas entre 4 y 12 años vienen al Centro para beneficiarse de una comida y de un apoyo escolar. Una Hermana colabora con personal del país para adaptar la ayuda que se ofrece a cada niño.

En las visitas a domicilio, nos informamos sobre la situación del niño, su salud, su comportamiento y favorecemos una relación amistosa con todos, lo que facilita la educación a todos los niveles.

El árabe es una lengua difícil, por eso, dedicamos todos los días un tiempo al estudio de esta lengua, de su cultura, sus valores, para poder comunicarnos más fácilmente con los pobres.

Nuestros hermanos musulmanes son muy religiosos, no tienen respeto humano para rezar y manifestar su creencia en Alá. Viven felices, con una gran confianza en Dios. Nos dan muchas lecciones: son muy acogedores, sus puertas están siempre abiertas para compartir lo que son y lo que tienen.

En medio de este pueblo, nos sentimos amadas y respetadas. Podemos dar testimonio de que es posible caminar y vivir juntos, a pesar de las diferencias, cuando nos respetamos mutuamente. Vivimos nuestra vocación misionera en Comunidad, es ahí donde encontramos las fuerzas para vivir la misión. Nuestro principal compromiso es vivir unidas y alegres, dando así testimonio de la unidad en la diversidad. Nuestra experiencia comunitaria es hermosa; compartimos la vida de los pobres y nuestra vida de servicio, asumiendo juntas la misión de la Comunidad.

En este año, en el que celebramos los 350 años de la muerte de nuestros Fundadores, nos hemos comprometido a “**vivir juntas en una gran unión y cordialidad**”, como lo pedía Santa Luisa en su testamento espiritual. Sabemos que la calidad de nuestra vida de servicio depende de la calidad de nuestra vida comunitaria.

Por nuestro servicio, anunciamos al Dios que no olvida a los Pobres. Por nuestro servicio, vivimos y caminamos tras las huellas de lo que ya sembraron las Hermanas que nos han precedido en esta misión de Temara. En nombre de los pobres, les agradecemos su entrega, sus esfuerzos para que nuestros hermanos tengan una vida más digna. Damos testimonio aquí, de un Dios misericordioso que nos ama a todos sin hacer diferencias.

Las Hermanas de Temara (Marruecos)

Hoy con los Fundadores

Provincia de Irlanda

El Centro San Vicente,
Navan Road en Cabra (Dublin)

En nuestro mundo actual, las personas discapacitadas, sobre todo las que tienen necesidades complejas, forman parte de las personas más vulnerables; representan un verdadero desafío. No es por tanto sorprendente que a ejemplo de san Vicente y de santa Luisa, las Hijas de la Caridad estén a su servicio. En varias ciudades de Irlanda, las Hermanas gestionan un centro especializado para niños y adultos: en Dublín, Limerick y más recientemente en Tipperary.

¿Cómo ocurrió?

En 1838, debido a una larga guerra, el sistema jurídico del país se hizo insuficiente para responder a las pobrezas sociales. El elemento principal del sistema consistía en la realización de “centros de trabajo”. Estos centros permitían salir de la miseria; numerosas familias muy pobres fueron enviadas allí. Pero faltaban estructuras educativas para los niños de estas familias.

En 1884, el sindicato de Dublín Norte creó en Cabra la primera institución para niños.

En octubre de 1888, el Estado contrató a seis religiosas Dominicas para que se ocuparan de los niños y niñas y del instituto de Cabra y de darles clase. Seis años más tarde, las Dominicas decidieron regresar a sus escuelas ordinarias.

Por eso, **en 1892**, el Sindicato de Dublín Norte pidió a las Hijas de la Caridad hacerse cargo de la gestión del Instituto. Su alumnado total era de 400 niños. Algunos eran definidos como “débiles mentales”, “imbéciles”, “retrasados mentales”; no eran, pues, dignos de ser educados o escolarizados. En esta época en el país, las personas que tenían una minusvalía intelectual no eran respetadas; las personas más instruidas no veían ni su singularidad, ni su derecho a aportar su contribución a la sociedad.

Cuando las Hijas de la Caridad asumieron la responsabilidad de este Instituto, acogieron a toda clase de niños. Sor Marta Galvin y Sor Louise Conolly, comenzaron entonces un enorme trabajo. Con una actitud llena de compasión, amor, justicia y respeto a la dignidad de cada persona, ofrecieron a los niños un modelo integral de asistencia.

Para dar respuesta a sus necesidades individuales, propusieron progresivamente unos programas educativos. Constantemente, les aportaban las competencias necesarias para llevar su vida con la mayor autonomía posible. Los informes de los inspectores de la época fueron favorables. Uno de ellos constata: “*Hay una notable mejora en las auxiliares de Cabra. Los niños parecen mucho mejores y con mejor salud*”.

Las Hermanas continuaron su formación para asegurar este servicio. Pensaron que no era posible mezclar a todos los niños, ni beneficioso el darles la misma instrucción.

En 1925, la institución de Cabra pasa a ser el Centro San Vicente para personas discapacitadas mentales. Este fue un desafío en el mismo momento en que Irlanda se preparaba a ser un Estado independiente después de muchos años en guerra. Los comienzos de los años 20 fueron tiempos difíciles tanto en el plano político como en el económico.

Otras Hermanas, Sor Louise Burke y Sor Gertrude O’Callaghan (fallecidas) estuvieron también en los puestos avanzados para influir en la política del gobierno e incitar a los cambios requeridos para regularizar la educación de los niños discapacitados y su aprendizaje.

A fuerza de tentativas y a costa de una fe y de una presión constante, el Departamento de la Educación y de las Ciencias terminó por reconocer **en 1947** que estos niños tenían derecho a una educación.

Las mentalidades han continuado evolucionando gracias al compromiso de numerosas Hijas de la Caridad que han trabajado con perseverancia en colaboración con hombres y mujeres competentes que se han unido a ellas para servir y compartir con ellas sus valores.

Durante todos estos años, ha habido muchos cambios.

Actualmente, el Centro cubre las necesidades, no sólo de los niños y adultos con alguna minusvalía mental moderada o profunda sino también aquellos que tienen una doble minusvalía de salud mental combinado con el autismo y otros problemas de comportamiento.

El Centro ha pasado de un servicio de tipo institucional a un servicio centrado en la persona, pone más el acento en las capacidades que en las minusvalías y ofrece espacios de vida ordinarios en las comunidades locales.

Hoy, el Centro funciona bajo la dirección de un Consejo de Administración, de directores, está presidido por la Visitadora. La gestión de los asuntos corrientes está en manos de un personal muy competente, animado por el espíritu de las Hijas de la Caridad.

A pesar de la disminución de vocaciones, algunas Hermanas continúan participando en este Centro según sus competencias. En un mundo que consagra poco tiempo a las personas discapacitadas, las Hermanas tienen una gran influencia en la calidad de vida del Centro, transmiten sus valores y los comparten con los numerosos amigos que continúan teniendo.

Conforme al espíritu de nuestros fundadores, el personal y las Hermanas reconocen que todas las personas son únicas y se comprometen a:

- desarrollar el potencial de cada persona con una deficiencia mental en un clima de amor, respeto y creatividad
- permitir que cada persona con una deficiencia mental, tenga su sitio en la sociedad y que participe en ella según sus posibilidades
- dar la prioridad a los que tienen más necesidades.
- declarar en favor de la justicia respecto a las personas con deficiencia mental y promoverla.

Los valores esenciales que guían hoy nuestra misión, son los mismos que los de las primeras Hermanas que comenzaron este servicio: respeto, calidad, colaboración, justicia y creatividad.

Un testimonio de servicio en hechos.

Mary llegó al Centro San Vicente a los dos años y medio. Totalmente dependiente en todas sus necesidades físicas; se la ubicó en una unidad de aprendizaje para niños con disminución profunda. Aquí, a todos se les trata de manera única y no como un número o como miembro de un grupo. Mary comenzó a despertarse y a responder al programa personalizado para satisfacer sus necesidades. Hoy, 20 años más tarde, Mary ejerce un trabajo a tiempo completo, es autónoma y tiene una buena vida social. Cada año va de vacaciones al extranjero. Recientemente se ha interesado por el aprendizaje de la informática. Agradece a las Hermanas que creyeron en ella, mientras que otras personas la habían abandonado. Fue una de las primeras que tuvo la suerte de ser escolarizada.

Según sus posibilidades, algunas Hermanas han tenido el privilegio de trabajar más de 30 años en este campo. Para cada una, las palabras son insuficientes para expresar las riquezas que han recibido personal y comunitariamente de las personas con una discapacidad mental y sus familias.

Encontrar personas con una minusvalía intelectual, es encontrar el amor, la rectitud, la compasión, el respeto, la justicia, el agradecimiento y el deseo de ser acogida. Cada una es el rostro y el corazón de Jesús.

Cuando estáis heridos, con el corazón adivinan vuestro sufrimiento. Si estáis tristes, se acercan suavemente y os hacen un gesto de amistad. Si estáis contentas, se alegran con vosotras. Si les amáis, os devuelven vuestro amor. Si necesitáis ayuda, están ahí; si las tratáis injustamente, os lo hacen entender porque tienen un gran sentido de la justicia. Si les habláis, están muy atentas. E incluso si el lenguaje les es difícil, saben comunicarse bien mientras que nosotras, necesitamos toda una vida para aprender a hacerlo. Viven el momento presente y saben apreciar la belleza que les rodea.

En el centro San Vicente, las Hermanas reconocen cómo su vida comunitaria se ha enriquecido por su servicio a estas personas discapacitadas que les han enseñado mucho; sus necesidades sencillas, expresan que la vida está echada para vivir, amar y dar. Viven naturalmente los valores del Evangelio, la humildad, la sencillez y la caridad. Ellas son “sus Amos y Señores”. Su manera de ser les invita cada día a ser mejores, a salir de ellas mismas, escuchar, compartir, vivir el momento presente, aquí y ahora, llevar un estilo de vida sencillo en el que cada persona cuenta.

Como lo decía San Vicente, pidamos al Señor la gracia, de que nuestra presencia y servicio junto a las personas más necesitadas, reflejen las cualidades de la vida y de los hechos de Jesús: la amabilidad, la estima y la dignidad de cada persona.

Sor Marian HARTE y Sor Áine MACNAMARA
Hijas de la Caridad

Año jubilar del 350 aniversario de la muerte de los Fundadores

Mirada de fe del itinerario espiritual
de Luisa de Marillac

Introducción

La mirada de fe es un hecho humano fundamental que nos orienta hacia Dios y nos invita a vivir de su Espíritu. La presencia de los Santos es un recuerdo continuo de las cosas del cielo. La Iglesia nos enseña que los santos son inseparables de la plenitud de los misterios de Cristo en lo concreto, del mismo modo que lo son del misterio de la santa Iglesia por su calidad.

La Sagrada Escritura nos recuerda nuestros deberes: “*Sed santos, porque yo, vuestro Dios, soy santo*” (Lev 19, 2). Jesús responde en eco: “*Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*” Cristo invita a seguirle y creer no es sólo adherirse intelectualmente a lo que él dice, sino comprometerse con El “*Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga*”. El camino de la fe es un camino de prueba y de libertad, pero es también la obra de la gracia. Esta gracia, con frecuencia es oscura. Reside también en el sufrimiento, pero Dios siempre nos precede como gracia. Si crecemos en **el hacer**, es preciso también hacerlo en **el ser**, en el arte de vivir.

Esta mirada de fe nos permite ver, escrutar lo esencial de la vida de Luisa de Marillac, en la confusión de las cosas del mundo, “Una misma es la santidad que cultivan, en los múltiples géneros de vida y ocupaciones, todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, y obedientes a la voz del Padre, adorándole en espíritu y verdad, siguen a Cristo pobre, humilde y cargado con la cruz, a fin de merecer ser hechos partícipes de su gloria”ⁱ.

“*La caridad de Jesucristo crucificado nos apremia*”

El camino de santidad de Luisa de Marillac
“*Entregada a Dios al servicio de los demás*”

Con firme suavidad, el Señor Vicente le indica el camino “Dios es amor y quiere que vayamos a El por amor”ⁱⁱ. Es a la vez una etapa ascendente y descendente. Luisa sube espiritualmente y se despoja humanamente. En un contexto de desórdenes políticos (la Fronda), de fundaciones fuera de París, de formación de las Hermanas, imperturbablemente, continúa realizando su resolución: **adhesión a la voluntad de Dios**, despojo total de todo lo que aun conserva el aspecto humano. Había leído en Granada: “Dios es el que es y cuenta sólo una realidad: Dios”. No hay, pues, más que perder su ser en el ser de Dios.

En la conferencia del 3 de julio de 1660 presidida por el Señor Vicente, algunas nociones aportadas por las Hermanas permitirán conocer mejor a Luisa de Marillac como instrumento de Dios para formar a las Hermanas, perfeccionar lo que había comenzado y descubrir los designios de Dios sobre la Compañía. La correspondencia con las Hermanas que están lejos, nos ilustran sus cualidades personales, su espíritu de adaptación y la unión entre el quehacer diario y la intervención divina.

¿Cómo lo vivió Luisa de Marillac?

En la imposibilidad de trazar de nuevo lo vivido de la historia diaria, hemos retenido algunas líneas seguras: la docilidad al Espíritu Santo, el abandono y la confianza en la Providencia y la ascensión. La vida de Luisa es un conjunto de fidelidades que se convierten en la gran fidelidad a las inspiraciones del Espíritu Santo el día de Pentecostés de 1623.

¿Por qué hace referencia al Espíritu Santo en sus escritos? La iluminación de Pentecostés es bien conocida por ella misma: las tinieblas en las que estaba sumergida, se encuentra iluminada y el corazón sosegado por la certeza de la grata presencia que le habitaba y que le hacía presagiar su futura misión. Esta claridad que, de repente la invade, fue la respuesta a su alma sedienta de Dios.

Algunos aspectos de su vida permiten comprender mejor y esbozar su disponibilidad al Espíritu Santo.

Su niñez

En primer lugar, ¡qué doloroso fue para Luisa saber y comprender su origen! No se rebela, pero sufre por no ser como las otras que vuelven a su familia. Hasta los trece años, vivirá en el Convento Real de Poissy donde está su tía, Luisa de Marillac. Es pues en este marco monacal donde comienzan a germinar las gracias de su bautismo.

Esta atmósfera de contemplación y oración en la que Luisa estaba inmersa, que no conoció idas y venidas de una vuelta a la familia, ¿no es esto lo que sencillamente la hacía, más que a las demás, receptiva a escuchar a Dios a través de las jornadas ritmadas por el sonido de la campana?

Es lo que dirá mucho tiempo después a Margarita Chétif: “Desde mi infancia, he tenido gusto y facilidad por la meditación” Y, puesto que la educación fue muy avanzada, no dejó de estimular su espíritu y su inteligencia a la cultura y a las artes del siglo con este sentido religioso en el que Dios es el comienzo y el fin de todo conocimiento.

1604-1613

El tiempo de Poissy no dura. Luisa está a pensión en casa de una buena señorita. Es un cambio de medio pero se adapta con el sentido que le daba su piedad. Comulgando con las evoluciones religiosas de su tiempo que pone en práctica el Concilio de Trento, se alimenta de Bérulle, de los escritos de san Francisco de Sales que hacían furor en la época. Las Capuchinas se instalan en París y Luisa sueña con formar parte de ellas. A las primeras Carmelitas las recibe, en nombre de la Reina, su tío Miguel de Marillac. Este confidente no teme escribirle un día: “*El alma pobre, que se reconoce y acepta como tal, espera de Dios lo que él disponga... Se contenta con someterse a Dios y no intenta dictarle la manera cómo ha de conducirla*”ⁱⁱⁱ. No teme ayudarla a ser más dócil al Espíritu Santo y Luisa comprende bien este lenguaje.

Después de 1625

La santidad es una obra larga y difícil, es la obra del Espíritu Santo la que día tras día, perfila el alma para hacerla pura y agradable a Dios. El Señor Vicente será el instrumento de la liberación progresiva de los escrúpulos de Luisa y de los lazos que aún la retienen cautiva y le impiden confiar en los impulsos del Espíritu con toda humildad y obediencia.

¿Cuántos retiros no haría para consagrarse más totalmente al Señor y a sus miembros sufrientes, los pobres? Al finalizar una de sus oraciones, escribe:

“*No es, pues, bastante que me enseñes, oh Salvador mío, los medios para prepararme a la venida del Espíritu Santo, sino que hace falta que tú, alma mía, trabajes de verdad para vaciarte de todos los impedimentos, y actúes, o mejor dicho dejés actuar plenamente a la gracia que el Espíritu Santo quiere derramar en todas las potencias de nuestro ser; y esto no podrá ocurrir sino mediante la destrucción de mis malos hábitos que cuando llega el caso se oponen a ello*”^{iv}.

¿Cómo no mencionar la caída del techo? Apenas acaba Luisa de dejar la habitación donde estaba con sus Hermanas, cuando el techo se cae. Era la víspera de Pentecostés de 1644. ¿Qué camino recorrido entre estos dos Pentecostés: 1623, toda iluminada y 1644? Este último la confirma en sus asuntos, poniendo fin a las inquietudes que se hacía con relación al futuro de la Compañía.

Así, la santidad se abre paso en el corazón de Luisa. En su oración casi continua Luisa se deja impregnar por el Evangelio que, cuanto más contempla y medita, más ve a Dios en los pobres. Contemplación y acción, es todo uno: la una invade a la otra y viceversa.

Lo que ella desea para ella misma, lo desea para sus hijas: “*Hay que (ser) totalmente de Dios, ¿Quiénes somos nosotras para querer escoger libremente nuestros caminos? Dejemos que Dios actúe*”^v.

En una instrucción a las Hermanas de Montreuil, les dice algunas palabras para dejarse invadir por el Espíritu: “*Será por eso conveniente que todas las mañanas las Hermanas pidan, cada una interiormente la bendición de nuestro bondadoso Dios para actuar según el espíritu de su Hijo... o más bien que ese mismo espíritu actúe por medio de ellas; para asemejarnos a la Santísima Trinidad, no ser más que un corazón*”^{vi}.

Siempre prosternada humildemente ante Dios, ella siente en una de sus oraciones unos medios de los que se sirve para participar en la recepción del Espíritu Santo: “... ¡Quita mi ceguera, Luz eterna! da sencillez a mi alma, Unidad perfecta! ¡humilla mi corazón para asentar el fundamento de tus gracias! y que la capacidad de

amar que has puesto en mi alma no se detenga ya nunca más en el desarreglo de mi propia suficiencia que no es, en efecto, más que un obstáculo y un impedimento al puro Amor que he de recibir con la efusión del Espíritu Santo... ”^{vii}

“¡Oh Amor puro, cuánto te amo! Pues eres fuerte como la muerte, aparta de mi cuanto te sea contrario”^{viii}.

EL ABANDONO Y LA CONFIANZA EN LA PROVIDENCIA

Dejarse conducir por la Providencia, confiar en la Providencia, abandonarse en la Providencia, son otros tantos términos que a menudo encontramos en los escritos de Luisa de Marillac: correspondencia con las primeras Hermanas o notas personales. Si Luisa habla y escribe así, es para compartir con ellas los sentimientos que la impregnan profundamente.

En ella, el empleo de la palabra **Providencia** traduce a la vez su confianza total en Dios y el abandono en la fe a sus designios. A veces, emplea sencillamente esta palabra para significar la acción de Dios en una u otra circunstancia. El Señor Vicente la ayudó en este proceso que la llevará a un completo abandono en Dios, liberándola de una ansiedad natural. Hacia 1629, la invita a no adelantarse a la Providencia: “*Dios, hija mía, tiene grandes tesoros ocultos en su santa Providencia; ¡y cómo honran maravillosamente a Nuestro Señor los que la siguen y no se adelantan a ella!*”^{ix}

En 1632, le escribe : “*que alabo a Dios por haberla consolado y que lo que me parece que El pide de usted es que honre su santa Providencia en su conducta, sin prisas ni fatigas*”^x.

Más tarde, en 1652, el Señor Vicente la renueva en este camino: “*Lo que Nuestro Señor guarda está bien guardado; es justo que nos pongamos en manos de su adorable providencia*”^{xi}.

Luisa ha vivido y ha sabido compartir con las primeras Hermanas esta fe y esta confianza en la Providencia basada en su amor de Dios. Lo que escribe no puede ser más que el reflejo de lo que piensa, de lo que vive y de lo que la habita hasta el final de su vida.

En las observaciones de Maturina Guérin sobre Luisa de Marillac, leemos: “*...y en seguida volvía a la disposición de la divina Providencia...*”^{xii}

Las Hermanas están dispersas por diferentes lugares, algunas veces muy lejos de Paris. Es en su correspondencia donde se encuentran sus consejos, sus estímulos y los fuertes sentimientos que la habitan y que ella quiere compartir.

La Providencia provee nuestras necesidades o se hace esperar. Luisa escribe a Sor Jeanne Etienne en Chantilly en 1647: “*He estado esperando a escribirle al mismo tiempo que le enviaba una hermana. Hasta ahora la Providencia no ha permitido que encontráramos una apropiada para ahí*”^{xiii}.

En otros escritos, encuentra en la Providencia, la expresión de la voluntad de Dios, que hay que aceptar y en la que hay que abandonarse. En 1656, escribe a Carlota Royer en Richelieu : “*Ya ve usted, querida Hermana, que el camino por el que Dios quiere vaya hacia El es el camino real de la Cruz; no dudo de que se deja usted llevar por él de buen grado y alegremente para cumplir su santa voluntad, como creo lo hizo cuando su Providencia cargó sobre usted el cuidado de esa pequeña familia*”^{xiv}.

Puesto que Dios nos conduce y provee todas nuestras necesidades, abandonémonos en la fe a su acción, él sabe lo que necesitamos. Es en esta línea en la que escribe a las Hermanas del Hospital general de Nantes en 1658: “*Trabajando por mantener el recogimiento interior en medio de sus ocupaciones, especialmente en la de estar sometidas al beneplácito divino, abandonadas a la Providencia y no entregadas a un cuidado ansioso por conocer todos los movimientos de nuestro espíritu*”^{xv}.

A Maturina Guérin en la Fère en 1659, le escribe: “*el abandono de todas las cosas a la Providencia*”^{xvi}.

Estos términos traducen lo que ella misma vive y cómo ha estado moldeada, ya que podemos presentir en todas estas acciones una entera disponibilidad a la voluntad de Dios y su deseo de imitar a Cristo. Es feliz al observar este mismo abandono en Maturina Guérin a la que escribe en 1659 : “*Es un gran consuelo para mí esa confianza que el Señor le da en su divina Providencia*”^{xvii}.

Esta confianza en la Providencia parece primordial para vivir sencillamente con Dios y aconseja esta práctica a Francisca Carcireux en 1556: “Tenemos que simplificarnos mediante un completo abandono a la dirección de su **divina Providencia**”^{xviii}.

“Me abandono enteramente a las disposiciones de tu **Santa Providencia**”. Esta frase extraída de sus escritos es el reflejo de su fe profunda y de la solidez de su vida de intimidad con Dios. Sus hijas supieron descubrir el mensaje que quería transmitirles, ya que una de ellas está sacada de la conferencia sobre las virtudes de la fundadora “Tenía una confianza admirable en la **Providencia de Dios** para todas las cosas y especialmente en lo que se refería a la Compañía, recomendándonos que nos pusieramos en manos de Dios...” SV IX-2. 118.(03.07.60) *Sobre las virtudes de Luisa de Marillac.* Pp.1218-1231

Esta devoción de nuestros santos Fundadores en la Providencia divina es deseada y querida por todas las Hermanas, porque debe ser el reflejo de la vida de fe que debe animar a cada una. También en las Reglas comunes de las Hijas de la Caridad está escrito: “Tendrán gran confianza en la **divina Providencia**, abandonándose a ella totalmente como lo hace un niño con su nodriza”

En conclusión, las palabras Providencia de Dios no son de ningún modo palabras del pasado utilizadas para tranquilizar. Luisa se expresa por ella misma con fuerza: “Necesito practicar una gran humildad y desconfianza en mí misma, abandonándome continuamente en la Providencia e imitar tanto como pueda a Nuestro Señor que vino a la tierra para cumplir la santísima voluntad de Dios, su Padre, ayudar al prójimo todo lo que pueda, tanto a las almas como a los cuerpos por el amor que Dios nos tiene a todos por igual y practicar con esmero mis ejercicios”^{xix}.

Un camino de santidad: la ascesis

El documento sobre “la formación en los Institutos religiosos” trazó algunas líneas seguras para la formación según el decreto Perfectae Caritatis. Estas líneas seguras, se encuentran en el segundo capítulo: “la ascesis”.

¿Qué dice el documento? “Caminar en pos de Cristo lleva a compartir cada vez más consciente y concretamente el misterio de su pasión, de su muerte y de su resurrección el misterio pascual debe ser como el núcleo de los programas de formación fuente de vida y de madurez. Sobre este fundamento se forma el hombre nuevo”.

Este pasaje conduce a inscribir en el programa de una formación integral, una **ascesis personal** diaria que necesariamente pasa por la Cruz. En la vida de Luisa de Marillac, encontramos todos estos elementos. La palabra **ascesis** no formaba parte del vocabulario de su tiempo, pero Luisa de Marillac tenía el **espíritu**. La ascesis forma parte de su vida personal y del programa de formación de las Hermanas. Esta ascesis se presenta a las Hermanas como un acto de amor a Cristo, muerto y resucitado. La mortificación, esta muerte diaria a uno mismo, actualiza la de Jesús y prolonga la fecundidad en su cuerpo que es la Iglesia.

La Pasión del Cristo es un prodigioso poder de conversión. Luisa lo percibe durante su retiro anual en 1632 : “Nada puede separarme de Jesús si no es el pecado, el cual ha de ser castigado ahora personalmente”^{xx}.

Al contemplar la muerte y la resurrección de Cristo, ella desea tomar a Jesús crucificado como modelo de vida. En una de sus meditaciones, escribe: “escoger la vida de Jesús Crucificado como modelo de nuestra vida”, con frecuencia invita a las Hermanas a adherirse plenamente al misterio de muerte y resurrección de Cristo: “Ruego a nuestro amado Jesús crucificado que nos sujeté fuertemente a su cruz...”^{xxi}

La ascesis, esta vía real de la Cruz, no puede vivirse más que en la alegría del amor. Luisa utiliza incluso el término **suavidad** al escribir a Margarita Chetif : “Tengo la seguridad, querida Hermana, de que Nuestro Señor le habrá hecho gustar la **suavidad** que las almas llenas de su santo amor experimentan en medio de los sufrimientos y angustias de esta vida. Si así no fuera se hallara usted todavía en el Calvario, tenga por cierto que Jesús Crucificado se complace en verla allí retirada, y si tiene valor suficiente para querer permanecer en tal lugar”. C. 604 (L. 545 bis) A Sor Margarita Chétif en Arras 1. pp.552-553

Para Luisa, la ascesis no es un conjunto de ejercicios más o menos difíciles que marcan el menoscenso del cuerpo, sino todo lo contrario, es un acto de **amor**, una plena adhesión a Cristo Redentor. Ella desea hacer de su vida una respuesta de amor a Cristo: “...Vivamos, pues, como muertas en Jesucristo y por lo tanto, ya no más

resistencia a Jesús, no más acciones que por Jesús, no ya más pensamientos que en Jesús, en una palabra, no ya más vida que para Jesús y el prójimo, para que en este amor unitivo ame yo todo lo que Jesús ama... ”^{xxii}

Esta mediación, sacada de los pensamientos sobre el bautismo, recuerda otro texto de san Vicente cuando escribe al Padre Portail, el himno a Jesucristo que muestra bien el lugar central que ocupa el Hijo de Dios en la fe y la vida del Señor Vicente : “*Acuérdese, padre, de que vivimos en Jesucristo por la muerte en Jesucristo, y que hemos de morir en Jesucristo por la vida de Jesucristo, y que nuestra vida tiene que estar oculta en Jesucristo y llena de Jesucristo, y que, para morir como Jesucristo, hay que vivir como Jesucristo ... ”^{xxiii}*

Muerte y resurrección eran palabras familiares para Luisa. ¿Por qué mortificarse? Expresa sus pensamientos en una de sus meditaciones para preparar la conferencia: “*nuestras almas en el estado de su creación, porque habiendo sido hechas a imagen de Dios, están en cierto modo desfiguradas cuando no mortifican sus pasiones y se dejan llevar de ellas ”^{xxiv}*

La mortificación es la vida del alma,... si no la mortificamos, muere siguiendo sus pasiones...una tercera razón si no practicamos la virtud de la mortificación, no sabremos soportarnos unas a otras... y Luisa entra en lo concreto de la vida:

- Mortificar con frecuencia nuestro propio juicio
- Mortificar también nuestra voluntad para inclinarnos más a la de nuestras Hermanas.
- Nos es muy necesaria la mortificación rigurosa de nuestra curiosidad, principalmente cuando las Hermanas se encuentran reunidas: de ordinario, hay una premura para informarse de los defectos y carácter de las demás y también para decir lo que se sabe acerca de ello...
- Empeñarnos en mortificar los resentimientos y aun deseos de pequeñas venganzas que pueden sembrar la turbación entre las Hermanas de las Parroquias cuando alguna se ha dejado ir a contar los disgustillos que han tenido recíprocamente.

- Para mantenerse en su vocación, las Hijas de la Caridad deben velar continuamente sobre sus sentidos y sus pasiones.

Luisa recomienda “*que hemos de emprender generosamente este trabajo durante toda nuestra vida ya como no es más que mortificar, no es morir, y así nuestras pasiones seguirán vivas, y tenemos que velar de continuo y trabajar en mortificarlas ”.*

Íntimamente penetrada del misterio de la Cruz que recuerda en sus instrucciones, sus meditaciones, su correspondencia, Luisa de Marillac comparte su experiencia de Cristo, nos desvela su riqueza espiritual al servicio de la pequeña Compañía en la formación de las Hermanas. Sus exigencias se refieren tanto a las recién llegadas como a las Hermanas en particular y a las comunidades:

A Margarita Chétif : “*lo que se necesitan son espíritus, que quieran morir a si mismas por la mortificación y la verdadera renuncia, ya hecha en el santo bautismo, y que el espíritu de Jesucristo reine en ellas ... ”^{xxv}*

Luisa recuerda la utilidad de la práctica de la mortificación.

A Anne Hardemont, le recuerda que, para trabajar útilmente en la obra de Dios, “*... no basta con ir y dar, sino que es necesario un corazón purificado de todo interés y no dejar nunca de trabajar en la mortificación general de todos los sentidos y pasiones, y para ello, queridas Hermanas, hemos de tener continuamente ante la vista nuestro modelo que es la vida ejemplar de Jesucristo ”^{xxvi}*

A Cecilia Angiboust : “*desconfíen de ustedes mismas y piensen que el hombre viejo no ha muerto del todo en ustedes ”^{xxvii}*.

A Francisca Carcireux : “*Sólo le diré, querida Hermana, si me lo permite, que he alabado a Dios varias veces por las gracias que le ha concedido y le he pedido que sepa usted olvidarse de sí misma y mortificar el deseo de su propia satisfacción que se oculta en usted bajo la apariencia engañosa de buscar una mayor perfección ... ”^{xxviii}*

... “*No tolerar nada en nuestra voluntad que se oponga a la voluntad de Dios; darnos por completo a El para no descuidar ninguna de las prácticas que se nos aconsejan, para desprendernos de nuestro propio juicio y trabajar en mortificar nuestras inclinaciones aun en las cosas que nos parecen buenas ”^{xxix}*.

Luisa se dirige a las comunidades a través de la hermana Sirviente :

A Sor Hellot después de un contratiempo: “... en cuanto a lo que ha ocurrido después, hay que recibirla con amor y saber servirse de tales ocasiones para morir enteramente a nosotras mismas”^{xxx}... “queridas Hermanas, si se mantienen con frecuencia en la presencia de Dios, su bondad no dejará de hacerles ver todo lo que pide de ustedes, tanto en la mortificación de sus sentidos y pasiones como en la práctica de las virtudes que quiere ver en ustedes para que le sean gratas”.^{xxxi}

A la comunidad de Nantes: “... no podremos tener paz con Dios, con el prójimo y con nosotras mismas si Jesucristo no nos la da, y que no nos la dará sino por los méritos de sus llagas y sufrimientos, los que no nos serán nunca aplicados sin la **mortificación de nosotros mismos**, que adquiriremos imitándole en el cumplimiento de la voluntad de Dios”^{xxxii}.

A la Hermana Sirviente, Juana Lepintre : “... Le ruego querida Hermana, lo encomienda con frecuencia a las oraciones de nuestras queridas hermanas, a las que quisiera ver muy valientes en el amor de Dios y en la práctica de las **mortificaciones interiores**: ¡qué razonable sería que aquellas a las que Dios ha llamado al seguimiento de su Hijo, tratases de hacerse perfectas como El!”^{xxxiii}.

A la comunidad de Chateaudun, Sor Juana Delacroix es la Hna Sirviente: “y que me diga, sobre todo, si mientras trabajan en el servicio exterior, su interior se ocupa, por amor de Nuestro Señor, en velar sobre sí mismas para **vencer y dominar sus pasiones**, negando a los sentidos lo que puede llevarlas a ofender a Dios...”^{xxxiv}.

A la comunidad de Angers, “Créanme, nuestro principal cuidado ha de ser también el mortificarnos mucho, no con penitencias exteriores, sino con una sumisión que parte de una verdadera y sólida humildad, que ame el desprecio y declare la guerra a nuestros sentidos y pasiones, entregándonos con toda exactitud a la obediencia, a todas las virtudes y también a la cordialidad entre nosotras, sin preferencias, esa cordialidad que impide las murmu-raciones...”^{xxxv}

Resumiendo, podríamos decir que Luisa de Marillac, como todos los maestros espirituales, invita a la Hermanas a seguir a Cristo: “no podemos llegar si no es siguiendo a Jesús en sus trabajos y sufrimientos! y aún no nos habría podido llevar a ella si su perseverancia no le hubiera llevado a El a la muerte de cruz” C. 33 (L. 426) (A las Hermanas del Hospital de Angers).p.47

Es en el silencio de la oración, ese tiempo de contemplación de Cristo encarnado, de Cristo redentor donde las Hermanas sacaron las fuerzas necesarias para realizar las exigencias de su vocación. ¿No se le decía a Bárbara Angiboust en una carta?: “Sean, pues, animosas avanzando por momentos por el camino en el que Dios las ha puesto para que vayan hacia El”. C. 426 (L. 360 bis) (A Sor Cecilia Angiboust, Angers) 1. Pp.402-403

La mirada de fe, en el camino de santidad de Luisa de Marillac, se detiene en algunas líneas seguras, entre las que se encuentra la docilidad al Espíritu Santo, el abandono a la divina Providencia y la ascesis permitiéndole realizar el plan de Dios en su “**ser y hacer**”, la contemplación de Cristo en el pobre, la vivencia de la ayuda mutua fraterna y María nuestra única Madre.

Al final de su vida, vuelve sobre lo que siempre la ha hecho vibrar: “Quiera Dios que pueda escribir por completo los pensamientos que su bondad me ha concedido la gracia de tener sobre la Concepción Inmaculada de la Santísima Virgen, para que el verdadero conocimiento que he tenido de sus méritos y del honor que le debo, así como la voluntad de tributárselo, no se aparten nunca de mi corazón... Por eso, quiero durante toda mi vida y en la eternidad, amarla y honrarla...”^{xxxvi}

Su testamento espiritual, recogido por las Hermanas que la asistieron en sus últimos momentos, recuerda

“la gracia de perseverar en su vocación para que puedan servirle en la forma que El pide de ustedes y pidan mucho a la Santísima Virgen que sea Ella su única Madre”.

De las alturas de la fe donde había establecido sus pensamientos, Luisa de Marillac veía en sus pobres hijas, esposas de Jesucristo, siervas de los pobres. En las recomendaciones que ella dirigía a la Comunidad, volvía sin cesar a su culto de predilecto: el espíritu de paz, el apoyo, la cordialidad. Por eso, en el tiempo de Navidad, Epifanía, ella sugiere “... Podemos también ofrecerlos ante el pesebre como los presentes de los tres Reyes. La limosna en vez del oro, el ayuno en vez de la mirra y la oración como el incienso: y también presentárselos los tres a la Santísima Trinidad: la oración al Padre, el ayuno al Hijo y la limosna al Espíritu Santo; haciéndolo así,

adoraremos a nuestro Dios encarnado con los ángeles por medio de la oración, con los Reyes por medio de la limosna y con los pastores por el ayuno, y Dios nos bendecirá”

Conclusión

Gobillon, su primer biógrafo, termina su cuarto libro, capítulo quinto, por los últimos momentos de Luisa y sobre todo por el elogio de su caridad, de la que hizo profesión toda su vida y en la que perseveró hasta la muerte.

“Es esta virtud la que hace a los santos y la que, según el sentir del Apóstol, es un don más excelente que la gracia de los milagros. Sin embargo, parece que Dios no se contenta con haber dado a conocer el mérito de esta sierva fiel por tantos bienes como él ha obrado por su ministerio; sino que incluso tiene algún designio de declararse, por medio de pruebas sensibles, sobre el juicio que ha pronunciado en su muerte; y que quiere manifestar su gloria por los hechos extraordinarios que hace aparecer en su tumba. De cuando en cuando sale de ella como un dulce vapor que expande un olor semejante al de la violeta y el lirio; de lo cual hay gran número de personas que pueden dar testimonio. Y lo que es más sorprendente es que las Hijas de la Caridad que vienen a orar sobre su tumba, vuelven a veces tan impregnadas de este olor, que lo llevan consigo a las hermanas enfermas en la enfermería de la casa. Podría yo añadir el testimonio de la experiencia que tengo hecha de ello varias veces, si ello fuera de algún valor en esta circunstancia; y podría decir que, después de haber tomado todas las precauciones posibles para examinar si esto no será efecto de alguna causa natural, no he podido descubrir ninguna a la que se le pueda atribuir. Pero de cualquier naturaleza que sea el olor que se desprende del sepulcro de esta sierva de los pobres, sale uno enteramente espiritual de los ejemplos de su vida, más precioso que todos los perfumes, que es una obra maravillosa de la gracia y la señal más gloriosa de su santidad: es ese verdadero perfume que penetra el corazón de sus hijas...para comprometerlas en su imitación”^{xxxvii}.

El 24 de julio de 1660, en la conferencia del Señor Vicente sobre las virtudes de Luisa de Marillac exclamó:

“¡Qué hermoso cuadro, Dios mío! ¡Ved qué cuadro! ¿Y cómo vais a utilizarlo, hijas mías? Procurando conformar vuestra vida con la suya”

Sor Claire HERRMANN
Hija de la Caridad

Notas

ⁱ Lumen Gentium. n° 41

ⁱⁱ SV. I. 51 [49] a Luisa de Marillac. pp.148-149

ⁱⁱⁱ Luisa de Marillac, Jean Calvet. Ceme. p. 32 Carta del 6 de marzo de 1620

^{iv} E. 98 (A. 26) Razones para darse a Dios a fin de participar en la recepción del Espíritu Santo el día de Pentecostés. 807-811

^v C. 245 (L. 320) A mi querida Sor Cecilia 1. pp.246-247

^{vi} E. 55 (A. 85) Instrucciones a las Hermanas enviadas a Montreuil-sur-Mer. pp.758-762

^{vii} E. 98 (A. 26) Razones para darse a Dios a fin de participar en la recepción del Espíritu Santo el día de Pentecostés. 807-811

^{viii} E. 105 (A. 27) Práctica del puro Amor. pp.819-823.

^{ix} SV I, Carta 30 [31] a Luisa de Marillac. p.131

^x SV I. 155 [147] a Luisa de Marillac. pp.261-262

^{xi} SV IV, 1569 [1501] a Luisa de marillac. pp.364-365

-
- ^{xii} La Compañía de las Hijas de la Caridad en sus orígenes .Ceme. Documentos. p. 815
- ^{xiii} Santa Luisa de M. Correspondencia y escritos. C. 219 (L. 197) A mi querida Sor Juana Etienne. p.226
- ^{xiv} Santa Luisa de M. Correspondencia y escritos. C. 557 (L. 500) A Sor Carlota Royer p.512
- ^{xv} Santa Luisa de M. Correspondencia y escritos. C. 638 (L. 581) A las Hermanas del Hospital General. pp.580-581
- ^{xvi} Santa Luisa de M. Correspondencia y escritos. C. 708 (L. 643) A mi querida Sor Maturina Guérin 1 pp.637-638
- ^{xvii} La Compañía de las Hijas de la Caridad en sus orígenes .Ceme. Documentos. p. 763
- ^{xviii} Santa Luisa de M. Correspondencia y escritos. C. 542 (L. 531 bis) A Sor Carcireux 1. pp.499-500
- ^{xix} Santa Luisa de M. Correspondencia y escritos. E. 66 (M. 40 bis) (Abandono en la Providencia). p.772
- ^{xx} Santa Luisa de M. Correspondencia y escritos E. 22 (A. 5) (Ejercicios Espirituales). pp.689-692
- ^{xxi} Santa Luisa de M. Correspondencia y escritos C. 51 (L. 46) A mi querida Sor Isabel Martín. pp.62-63
- ^{xxii} Santa Luisa de M. Correspondencia y escritos E. 69 (A. 23) (Pensamientos sobre el Bautismo). pp.774-775
- ^{xxiii} SV L. 198 [197] a Antonio Portail, Sacerdote de la Misión. pp.319-323
- ^{xxiv} Santa Luisa de M. Correspondencia y escritos E. 82 (A. 67) (Sobre la mortificación). pp.787-788
- ^{xxv} Santa Luisa de M. Correspondencia y escritos C. 717 (L. 651) A mi querida Sor Margarita Chétif. pp.647-648
- ^{xxvi} Santa Luisa de M. Correspondencia y escritos C. 257 (L. 217) A Sor Ana Hardemont 1. pp.259-260
- ^{xxvii} Santa Luisa de M. Correspondencia y escritos C. 495 (L. 394) (A Sor Cecilia Angiboust, Angers). pp.461-462
- ^{xxviii} Santa Luisa de M. Correspondencia y escritos C. 549 (L. 557 bis) A Sor Carcireux 1. p.505
- ^{xxix} Santa Luisa de M. Correspondencia y escritos C. 542 (L. 531 bis) A Sor Carcireux 1. pp.499-500
- ^{xxx} Santa Luisa de M. Correspondencia y escritos C. 168 (L. 156) Para Sor Hellot. pp.172-173
- ^{xxxi} Santa Luisa de M. Correspondencia y escritos C. 211 (L. 193) (A Sor Hellot) 1. pp.218-219
- ^{xxxii} Santa Luisa de M. Correspondencia y escritos C. 191 (L. 174) (A nuestras queridas Hermanas las Hijas de la Caridad. pp.197-199
- ^{xxxiii} Santa Luisa de M. Correspondencia y escritos C. 384 (L. 328) A mi querida Sor Juana Lepintre 1. p.364
- ^{xxxiv} Santa Luisa de M. Correspondencia y escritos C. 722 (L. 656) A mi querida Sor Juana Delacroix. pp.652-653
- ^{xxxv} Santa Luisa de M. Correspondencia y escritos C. 540 (L. 485) (A las Hermanas de Angers)1. pp.497-498
- ^{xxxvi} Santa Luisa de M. Correspondencia y escritos E. 106. (A. 31 bis) (Pensamientos sobre la Inmaculada Concepción de la Virgen María). pp.823-824
- ^{xxxvii} Vida de la Señorita Le Gras por N. Gobillon 1676, Ceme. p. 185

¡Feliz y santo año!

Nuestro género humano sigue sufriendo
mil tormentos.

La inmensa multitud de refugiados
y de heridos de la vida
prosigue penosamente su marcha
en la noche del desconcierto y del dolor.

Cada uno tiene su lote de infortunio, de cólera
y de tristeza.

Aquí y en otras partes, se manifiestan, a pesar de ello,
el coraje discreto de los que no se resignan,
el ardor generoso de los que trabajan
a favor de la justicia y de la paz,
el compromiso silencioso de los que escogen
servir y compartir.

Para expresar los deseos de feliz año,
repitamos este pasaje de la Biblia:

*“El Señor te bendiga y te proteja,
ilumine su rostro sobre ti
y te conceda su favor.
El Señor se fije en ti
y te conceda la paz”*

(Números 6, 23-26)